

CESAR VALLEJO



**LOS HERALDOS
NEGROS
Y
TRILCE**



EDICIONES PERU

1963

CESAR VALLEJO

Los Heraldos Negros



EDICIONES PERU

LIMA, 1962

JUAN MEJIA BACA
Biblioteca

JUICIOS SOBRE LA OBRA

ESTRUCTURA DE LOS HERALDOS NEGROS

E N mil novecientos dieciocho, con la publicación de su libro *Los Heraldos Negros*, entró César Vallejo formalmente en la historia literaria de su país, y en la de la poesía en lengua española. Esa es la primera obra, orgánicamente organizada, de la que puede ser considerado literaria y artísticamente responsable.

El libro, tras un poema introductorio y temático "*Los Heraldos Negros*" que da nombre al volumen, se estructura en seis partes. Una, bajo el título de "*Plafones ágiles*", me parece contener lo que pudieran llamarse ejercicios literarios; creo percibir en los poemas que la constituyen una agrupación de poesías de las que el propio Vallejo debía tener conciencia de que eran ágilmente imitativas, o más bien dicho, derivativas; cosa y caso nada vergonzoso para un poeta joven. La segunda parte, titulada "*Buzos*", entiendo que la componen poemas experimentales en diversas direcciones, que en efecto bucean en los mares interiores de Vallejo. El tercer grupo, "*De la tierra*", lo forman especialmente poemas de amor y desilusión, de la tierra en oposición al ideal. El cuarto grupo, "*Nostalgias imperiales*", reúne una serie de poesías relativas a Santiago de Chuco, a Trujillo, al campo norperuano, a sus cholos e indios; contiene algunos de los poemas más popularizados de Vallejo, más repetidos en antologías, más recitados en homenajes y festivales. La

quinta sección, bajo el nombre de "Truenos", agrupa los poemas a mi entender de más vibración del libro, poesías en que la filosofía de la existencia que Vallejo había ido descubriendo hasta ese momento se expresa con mayor intensidad y profundidad. Por fin, las últimas páginas, "Canciones de hogar", muestran el empleo que el poeta sabe hacer de su familia como palanca emocional de pura poesía. Estadísticamente, tras el poema inicial "Los heraldos negros", el primer grupo mencionado consta de once poemas, de cuatro el segundo, diez el tercero, trece el cuarto, veinticinco los "Truenos" y cinco la última sección.

EL POEMA LIMINAR

POR su posición liminar el poema "Los Heraldos Negros" merece especial atención. Es a modo de pabellón que cubre la mercancía del resto del libro. Como toda bandera debería permitirnos reconocer a primera vista la nación poética a la que representa; debe ser el estandarte vallejiano del Vallejo de mil novecientos dieciocho.

Arquitectónicamente se trata de un poema de diecisiete versos distribuidos en cuatro estrofas de a cuatro versos, más un verso final. La primera estrofa consta de dos alejandrinos y dos endecasílabos, rimando el primero y el cuarto versos, sueltos el segundo y el tercero. Las otras tres estrofas son todas de versos de catorce sílabas; en cada uno de ellas el segundo y cuarto versos riman, el primero y el tercero son sueltos. Es pues esta pieza en su estructura una poesía de compromiso entre la tradición y la libertad, de rima parcial, atada a la disciplina silábica frente al versolibrismo.

El tema del poema es la fatalidad, la fatalidad de los golpes que caen sobre el hombre gratuita-

mente, sin que él realmente los merezca. Son golpes que proceden "como del odio de Dios", venidos a encharcar en la pobre alma humana todo lo que ha vivido, todo lo que ha sufrido. Hacen que el hombre se sienta culpable de ello, como si todo fuera pecado suyo por el que viene a castigarle un alguien insensible. Estos golpes existen objetivamente, indudablemente, "Son pocos, pero son..." y en contraste dejan al poeta, subjetivamente, en la inquietud, en la duda, "Yo no sé!". Frente a ellos, frente a estas crueldades externas, que existen, el hombre, desdichado, lastimoso, "Pobre..." pobre!", es objeto de la piedad fraternal del poeta. Este sentimiento lástima y ternura por el pobre ser humano sometido a esos azares que caen sobre él para castigarlo como "potros de bárbaros atilas". ¡o los heraldos negros que nos manda la Muerte". Y la muerte es la única solución a la duda, a la inquietud del "Yo no sé". Es decir, que la vida, tal como la ve Vallejo en mil novecientos dieciocho, es irracional e irrazonable, que en ella alguien que ni conocemos ni nos conoce nos castiga, sin embargo, por culpas de las que realmente somos inocentes. "...el delito mayor / del hombre es haber nacido", había dicho ya el Segismundo calderoniano. (145) Esas culpas que inocentemente cometemos no podemos menos de cometerlas porque son el vivir mismo, el vivir esta vida con "los ojos locos" y sin saber por qué, fatídicamente.

El tono de angustia vital del poema es sí básicamente romántico; pero el afán de expresar no sólo lo que de este mundo real y objetivo conocemos —golpes— sino incluso las razones incognoscibles

(145) Versos 10-11, primer soliloquio de Segismundo, Jornada primera, *La vida es sueño*, por don Pedro Calderón de la Barca, en Biblioteca de Autores Españoles, vol. VII, (Madrid: Sucesores de Hernando, 1918), p. 1.

si las hay por las que un mundo metafísico nos castiga sin embargo en lo físico y real, eso me parece hallarse plenamente dentro de la definición del simbolismo, con su doble plano de conocimiento, que por tantos modos se había incorporado al modernismo hispanoamericano. ¿Cómo no iba a estarlo Vallejo en sus primeros versos? ¿Cómo no iba a estar dentro de lo que era la manera dominante de las letras hispanoamericanas en sus años formativos? Pero por otra parte, si miramos al lenguaje y a las imágenes del poema, algo notamos en él y en ellas que un simbolista del día no hubiera aceptado en su retórica; por ejemplo, la combinación del tono elevado, dariano, de "los potros de bárbaros atilas", "los cristos del alma", "te adorable que el destino blasfema, con un leimotiv de tono coloquial, diario, vernacular, "Yo no sé", y con imágenes caseras y naturalistas como "Esos golpes sangrientos son las crepitaciones / de algún pan que en la puerta del horno se nos quema" o "...Vuelve los ojos, como / cuando por sobre el hombro nos llama una palmada". Y buena parte del léxico, básicamente prosaico: resaca, empozar, lomo, pan, horno, hombro, palmada, charco, pobre, Yo no sé.

Es decir, hay aquí un poema de base modernista, simbolista aún, pero que ya no lo es del todo; poema transicional entre modernismo y algo que ya no lo es. Si el poema "Los heraldos negros" es el pabellón de popa del volumen de su nombre, el libro nos mostrará a Vallejo como un poeta transicional entre el modernismo y lo que viene, lo que vendrá más tarde con Vallejo mismo. Esto nos lleva a preguntarnos ahora cuál era el ambiente poético en que Vallejo surgió a la poesía y a entrar por el temeroso problema de las influencias que haya sufrido su poesía primera, con el objeto de que lue-

go podemos desbrozar de todo ello lo que es ya
poesía suya, de él solo.

LUIS MONGUIO

César Vallejo: Vida y obra
Universidad de Columbia de los
EE. UU. de América.

LOS HERALDOS NEGROS

HAY golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada
Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!

Plafones Agiles

DESHOJACION SAGRADA

LUNA! Corona de una testa inmensa,
que te vas deshojando en sombras gualdas!
Roja corona de un Jesús que piensa
trágicamente dulce de esmeraldas!

Luna! Alocado corazón celeste
¿por qué bogas así, dentro la copa
llena de vino azul, hacia el oeste,
cual derrotada y dolorida popa?

Luna! Y a fuerza de volar en vano,
te holocaustas en ópalos dispersos:
tú eres tal vez mi corazón gitano
que vaga en el azul llorando versos!...

COMUNION

LINDA Regia! Tus venas son fermentos
de mi noser antiguo y del champaña
negro de mi vivir!

Tu cabello es la ignota raicilla
del árbol de mi vid.
Tu cabello es la hilacha de una mitra
de ensueño que perdí!

Tu cuerpo es la espumante escaramuza
de un rosado Jordán;
y ondea, como un látigo beatífico
que humillara a la víbora del mal!

Tus brazos dan la sed de lo infinito,
con sus castas hespérides de luz,
cual dos blancos caminos redentores,
dos arranques murientes de una cruz.
Y están plasmados en la sangre invicta
de mi imposible azul!

Tus pies son dos heráldicas alondras
que eternamente llegan de mi ayer!
Linda Regia! Tus pies son las dos lágrimas
que al bajar del Espíritu ahogué,
un Domingo de Ramos que entré al Mundo,
ya lejos para siempre de Belén!

NERVAZON DE ANGUSTIA

DULCE hebrea, desclava mi tránsito de arcilla;
desclava mi tensión nerviosa y mi dolor...
Desclava, amada eterna, mi largo afán y los
dos clavos de mis alas y el clavo de mi amor!

Regreso del desierto donde he caído mucho;
retira la cicuta y obséquiame tus vinos:
espanta con un llanto de amor a mis sicarios,
cuyos gestos son férreas cegueras de Longinos!

Desclávame mis clavos ¡oh nueva madre mía!
¡Sinfonía de olivos, escancia tu llorar!
Y has de esperar, sentada junto a mi carne muerta,
cual cede la amenaza, y la alondra se va!

Pasas... vuelves... Tus lutos trenzan mi gran cilicio
con gotas de curare, filos de humanidad,
la dignidad roquera que hay en tu castidad,
y el judithesco azogue de tu miel interior.

Son las ocho de la mañana en crema brujo...
Hay frío... Un perro pasa royendo el hueso de otro
perro que fue... Y empieza a llorar en mis nervios
un fósforo que en cápsulas de silencio apagué!

Y en mi alma hereje canta su dulce fiesta asiática
un dionisiaco hastio de café...!

BORDAS DE HIELO

V ENGO a verte pasar todos los días,
vaporcito encantado siempre lejos...
Tus ojos son dos rubios capitanes;
tu labio es un brevísimo pañuelo
rojo que ondea en un adiós de sangre!

Vengo a verte pasar; hasta que un día,
embriagada de tiempo y de crueldad,
vaporcito encantado siempre lejos,
la estrella de la tarde partirá!

Las jarcias; vientos que traicionan; vientos
de mujer que pasó!
Tus frios capitanes darán orden;
y quien habrá partido seré yo...!

N O C H E B U E N A

Al callar la orquesta, pasean veladas
sombras femeninas bajo los ramajes,
por cuya hojarasca se filtran heladas
quimeras de luna, pálidos celajes.

Hay labios que lloran arias olvidadas,
grandes llrios fingen los ebúrneos trajes.
Charlas y sonrisas en locas bandadas
Perfuman de sedas los rudos boscajes.

Espero que ría la luz de tu vuelta;
y en la epifanía de tu forma esbelta,
cantará la fiesta en oro mayor.

Balarán mis versos en tu predio entonces,
canturreando en todos sus místicos bronces
que ha nacido el niño-jesús de tu amor.

A S C U A S

Para Domingo PARRA DEL RIEGO

LUCIRE para Tilia, en la tragedia
mis estrofas en ópimos racimos;
sangrará cada fruta melodiosa,
como un sol funeral, lúgubres vinos.
Tilia tendrá la cruz
que en la hora final será de luz!

Prenderé para Tilia, en la tragedia,
la gota de fragor que hay en mis labios;
y el labio, al encrespase para el beso,
se partirá en cien pétalos sagrados.
Tilia tendrá el puñal,
el puñal florícida y auroral!

Ya en la sombra, heroína, intacta y mártir,
tendrás bajo tus plantas a la Vida;
mientras veles, rezando mis estrofas,
mi testa, como una hostia en sangre tinta!
Y en un lirio, voraz,
mi sangre, como un virus, beberás!

M E D I A L U Z

HE soñado una fuga. Y he soñado
tus encajes dispersos en la alcoba.
A lo largo de un muelle, alguna madre;
y sus quince años dando el seno a una hora.

He soñado una fuga. Un "para siempre"
suspirando en la escala de una proa;
he soñado una madre;
unas frescas matitas de verdura,
y el ajuar constelado de una aurora.

A lo largo de un muelle...
Y a lo largo de un cuello que se ahoga!

S A U C E

LIRISMO de invierno, rumor de crespones,
cuando ya se acerca la pronta partida;
agoreras voces de tristes canciones
que en la tarde rezan una despedida.

Visión del entierro de mis ilusiones
en la propia tumba de mortal herida.
Caridad verónica de ignotas regiones,
donde a precio de éter se pierde la vida.

Cerca de la aurora partiré llorando;
y mientras mis años se vayan curvando,
curvará guadañas mi ruta veloz.

Y ante fríos óleos de luna muriente,
con timbres de aceros en tierra indolente,
cavarán los perros, aullando, un adiós!

A U S E N T E

AUSENTE! La mañana en que me vaya
más lejos de lo lejos, al Misterio,
como siguiendo inevitable raya,
tus pies resbalarán al cementerio.

Ausente! La mañana en que a la playa
del mar de sombra y del callado imperio,
como un pájaro lúgubre me vaya,
será el blanco panteón tu cautiverio.

Se habrá hecho de noche en tus miradas;
y sufrirás, y tomarás entonces
penitentes blancuras iaceradas.

Ausente! Y en tus propios sufrimientos
ha de cruzar entre un llorar de bronces
una jauría de remordimientos!

A V E S T R U Z

MELANCOLIA, saca tu dulce pico ya;
no cebes tus ayunos en mis trigos de luz.
Melancolía, basta! Cuál beben tus puñales
la sangre que extrajera mi sanguijuela azul!

No acabes el maná de mujer que ha bajado;
yo quiero que de él nazca mañana alguna cruz,
mañana que no tenga yo a quien volver los ojos,
cuando abra su gran O de burla el ataúd.

Mi corazón es tiesto regado de amargura;
hay otros viejos pájaros que pastan dentro de él...
Melancolía, deja de secarme la vida,
y desnuda tu labio de mujer...!

BAJO LOS ALAMOS

Para José EULOGIO GARRIDO

CUAL hieráticos bardos prisioneros,
los álamos de sangre se han dormido.
Rumian arias de yerba al sol caído,
las greyes de Belén en los oteros.

El anciano pastor, a los postreros
martirios de la luz, estremecido,
en sus pascuales ojos ha cogido
una casta manada de luceros.

Labrado en orfandad baja el instante
con rumores de entierro, al campo orante
y se otoñan de sombra las esquilas.

Supervive el azul urdido en hierro,
y en él, amortajadas las pupilas,
traza su aullido pastoral un perro

B u z o s

L A A R A Ñ A

ES una araña enorme que ya no anda;
una araña incolora, cuyo cuerpo,
una cabeza y un abdomen, sangra.

Hoy la he visto de cerca. Y con qué esfuerzo
hacia todos los flancos
sus pies innumerables alargaba.
Y he pensado en sus ojos invisibles
los pilotos fatales de la araña.

Es una araña que temblaba fija
en un filo de piedra;
el abdomen a un lado.
y al otro la cabeza.

Con tantos pies la pobre, y aún no puede
resolverse. Y, al verla
atónita en tal trance,
hoy me ha dado qué pena esa viajera.

Es una araña enorme, a quien impide
el abdomen seguir a la cabeza.
Y he pensado en sus ojos
y en sus pies numerosos...
¡Y me ha dado qué pena esa viajera!

BABEL

DULCE hogar sin estilo, fabricado
de un solo golpe y de una sola pieza
de cera tornasol. Y en el hogar
ella daña y arregla; a veces dice:
"El hospicio es bonito; aquí no más!"
¡Y otras veces se pone a llorar!

ROMERIA

PASAMOS Juntos. El sueño
lame nuestros pies qué dulce;
y todo se desplaza en pálidas
renunciaciones sin dulce.

Pasamos juntos. Las muertas
almas, las que, cual nosotros,
cruzaron por el amor,
con enfermos pasos ópalos,
salen en sus lutos rígidos
y se ondulan en nosotros.

Amada, vamos al borde
frágil de un montón de tierra.
Va en aceite ungida el ala,
y en pureza. Pero un golpe,
al caer yo no sé dónde,
afila de cada lágrima
un diente hostil.

Y un soldado, un gran soldado,
heridas por charreteras,
se anima en la tarde heroica,
y a sus pies muestra entre risas,
como una gualdrapa horrenda,
el cerebro de la Vida.

Pasamos juntos, muy juntos,
invicta Luz, paso enfermo;
pasamos juntos las lilas
mostazas de un cementerio.

EL PALCO ESTRECHO

MAS acá, más acá. Yo estoy muy bien.
Llueve; y hace una cruel imitación.
Avanza, avanza el pie.

Hasta qué hora no suben las cortinas
esas manos que fingen un zarzal?
Ves? Los otros, qué cómodos, qué efigies.
Más acá, más acá!

Llueve. Y hoy tarde pasará otra nave
cargada de crespón;
será como un pezón negro y deforme
arrancado a la esfíngica Ilusión.

Más acá, más acá. Tú estás al borde
y la nave arrastrarte puede al mar.
Ah, cortinas inmóviles, simbólicas...
Mi aplauso es un festín de rosas negras:
cederte mi lugar!
Y en el fragor de mi renuncia triste,
un hilo de infinito sangrará.

Yo no debo estar tan bien;
Avanza, avanza el pie!

De la Tierra

¿.....

—**S**I te amara... qué sería?

—Una orgía!

—Y si él te amara?

Sería

todo de rito, pero menos dulce.

Y si tú me quisieras?

La sombra sufriría

justos fracasos en tus niñas monjas.

¿Culebrea latigazos,
cuando el can ama a su dueño?

—No; pero la luz es nuestra.

Estás enfermo... Véte... Tengo sueño.

(Bajo la alameda vespéral
se quiebra un fragor de rosa).

—Idos, pupilas, pronto...

Ya retoña la selva en mi cristal!

EL POETA A SU AMADA

AMADA, en esta noche tú te has crucificado
sobre los dos maderos curvados de mi beso;
y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado,
y que hay un viernesanto más dulce que ese beso.

En esta noche rara que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.
En esta noche de setiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.

Amada, moriremos los dos juntos, muy juntos;
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura;
y habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.

Y ya no habrán reproches en tus ojos benditos;
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos, como dos hermanitos.

VERANO

VERANO, ya me voy. Y me dan pena
las manitas sumisas de tus tardes.
Llegas devotamente; llegas viejo;
y ya no encontrarás en mi alma a nadie.

Verano! Y pasarás por mis balcones
con gran rosario de amatistas y oros,
como un obispo triste que llegara
de lejos a buscar y bendecir
los rotos aros de unos muertos novios.

Verano, ya me voy. Allá, en setiembre
tengo una rosa que te encargo mucho;
la regarás de agua bendita todos
los días de pecado y de sepulcro

Si a fuerza de llorar el mausoleo.
con luz de fe su mármol aletea,
levanta en alto tu responso, y pide
a Dios que siga para siempre muerta.
Todo ha de ser ya tarde:
y tú no encontrarás en mi alma a nadie.

Ya no llores, Verano! En aquel surco
muere una rosa que renace mucho...

S E T I E M B R E

AQUELLA noche de setiembre, fuiste
tan buena para mí... hasta dolerme!
Yo no sé lo demás; y para eso,
no debiste ser buena, no debiste.

Aquella noche sollozaste al verme
hermético y tirano, enfermo y triste.
Yo no sé lo demás... y para eso
yo no sé por qué fui triste... tan triste...

Sólo esa noche de setiembre dulce,
tuve a tus ojos de Magdala, toda
la distancia de Dios... y te fui dulce!

Y también fue una tarde de setiembre
cuando sembré en tus brasas, desde un auto,
los charcos de esta noche de diciembre.

H E C E S

ESTA tarde llueve, como nunca; y no tengo ganas de vivir, corazón.

Esta tarde es dulce. Por qué no ha de ser?
Viste gracia y pena; viste de mujer.

Esta tarde en Lima llueve. Y yo recuerdo las cavernas crueles de mi ingratitude; mi bloque de hielo sobre su amapola, más fuerte que su "No seas así"!

Mis violentas flores negras; y la bárbara y enorme pedrada; y el trecho glacial. Y pondrá el silencio de su dignidad con óleos quemantes el punto final.

Por eso esta tarde, como nunca, voy con este buho, con este corazón.

Y otras pasan; y viéndome tan triste, toman un poquito de ti en la abrupta arruga de mi hondo dolor.

Esta tarde llueve, llueve mucho. ¡Y no tengo ganas de vivir, corazón!

I M P I A

SEÑOR! Estabas tras los cristales
humano y triste de atardecer;
y cuál lloraba tus funerales
esa mujer!

Sus ojos eran el jueves santo,
dos negros granos de amarga luz!
Con duras gotas de sangre y llanto
clavó tu cruz!

Impía! Desde que tú partiste,
Señor, no ha ido nunca al Jordán,
en rojas aguas su piel desviste,
y al vil judío le vende pan!

LA COPA NEGRA

LA noche es una copa de mal. Un silbo agudo del guardia la atraviesa, cual vibrante alfiler. Oye, tú mujerzuela, ¿cómo, si ya te fulste, la onda aún es negra y me hace aún arder?

La Tierra tiene bordes de féretro en la sombra. Oye tú, mujerzuela, no vayas a volver.

Mi carne nada, nada en la copa de sombra que me hace aún doler; mi carne nada en ella, como en un pantanoso corazón de mujer.

Ascua astral... He sentido secos roces de arcilla sobre mi loto diáfano caer. Ah, mujer! Por ti existe la carne hecha de instinto. Ah, mujer! Por eso ¡oh, negro cáliz!, aun cuando ya te fulste, me ahogo con el polvo, y piafan en mis carnes más ganas de beber!

D E S H O R A

PUREZA amada, que mis ojos nunca
llegaron a gozar. Pureza absurda!

Yo sé que estabas en la carne un día,
cuando yo hilaba aún mi embrión de vida.

Pureza en falda neutra de colegio;
y leche azul dentro del trigo tierno

a la tarde de lluvia, cuando el alma
ha roto su puñal en retirada,

cuando ha cuajado en no sé qué probeta
sin contenido una insolente piedra.

Cuando hay gente contenta; y cuando lloran
párpados ciegos en purpúreas bordas.

Oh, pureza que nunca ni un recado
me dejaste, al partir del triste barro

ni una migaja de tu voz; ni un nervio
de tu convite heroico de luceros.

Alejaos de mi, buenas maldades,
dulces bocas picantes.....

Yo la recuerdo al veros ¡oh, mujeres!
Pues de la vida en la perenne tarde,
nació muy poco ¡pero mucho muere!

F R E S C O

LEGUE a confundirme con ella,
tanto...! Por sus recodos
espirituales, yo me iba
jugando entre tiernos fresales,
entre sus griegas manos matinales.

Ella me acomodaba después los lazos negros
y bohemios de la corbata. Y yo
volvía a ver la piedra
absorta, desairados los bancos, y el reloj
que nos iba envolviendo en su carrete,
al dar su inacabable molinete.

Buenas noches aquéllas,
que hoy la dan por reir
de mi extraño morir,
de mi modo de andar meditabundo.

Alfeñiques de oro,
joyas de azúcar
que al fin se quiebran en
el mortero de losa de este mundo.

Pero para las lágrimas de amor,
los luceros son lindos pañuelitos
lilas,
naranjos,
verdes,
que empapa el corazón.

Y si hay ya mucha hiel en esas sedas,
hay un cariño que no nace nunca,
que nunca muere,
vuela otro gran pañuelo apocalíptico,
la mano azul, inédita de Dios!

Y E S O

SILENCIO. Aquí se ha hecho ya de noche,
ya tras del cementerio se fue el sol;
aquí se está llorando a mil pupilas:
no vuelvas; ya murió mi corazón.
Silencio. Aquí ya todo está vestido
de dolor riguroso; y arde apenas,
como un mal kerosene, esta pasión.

Primavera vendrá. Cantarás "Eva"
desde un minuto horizontal, desde un
hornillo en que arderán los nardos de Eros.
¡Forja allí tu perdón para el poeta,
que ha de dolerme aún,
como clavo que cierra un ataúd!

Mas... una noche de lirismo, tu
buen seno, tu mar rojo
se azotará con olas de quince años,
al ver lejos, aviado con recuerdos,
mi corsario bajel, mi ingratitud.

* Después, tu manzanar, tu labio dándose.
y que se aja por mí por la vez última,
y que muere sangriento de amar mucho,
como un croquis pagano de Jesús.

Amada! Y cantarás;
y ha de vibrar el femenino en mi alma,
como en una enlutada catedral.

Nōstalgias Imperiales

NOSTALGIAS IMPERIALES

I

EN los paisajes de Mansiche labra
imperiales nostalgias el crepúsculo;
y lábrase la raza en mi palabra,
como estrella de sangre a flor de músculo.

El campanario dobla... No hay quien abra
la capilla... Diríase un opúsculo
bíblico que muriera en la palabra
de asiática emoción de este crepúsculo.

Un poyo con tres patas, es retablo
en que acaban de alzar labios en coro
la eucaristía de una chicha de oro.

Mas allá, de los ranchos surge al viento
el humo oliendo a sueño y a establo,
como si se exhumara un firmamento.

II

LA anciana pensativa, cual relieve
de un bloque pre-incaico, hila que hila;
en sus dedos de Mama el huso leve,
la lana gris de su vejez trasquila.

Sus ojos de esclerótica de nieve
un ciego sol sin luz gualda y mutila...!
Su boca está en desdén, y en calma aleve
su cansancio imperial tal vez vigila.

Hay ficus que meditan, melenudos
trovadores incaicos en derrota,
la rancia pena de esta cruz idiota,

en la hora en rubor que ya se escapa,
y que es lago que suelda espejos rudos
donde náufrago llora Manco-Cápac.

I I I

COMO viejos curacas van los bueyes
camino de Trujillo, meditando...
Y al hierro de la tarde, fingen reyes
que por muertos dominios van llorando.

En el muro de pie, pienso en las leyes
que la dichá y la angustia van trocando:
ya en las viudas pupilas de los bueyes
se pudren sueños que no tienen cuándo.

La aldea, ante su paso, se reviste
de un rudo gris, en que un mugir de vaca
se aceita en sueño y emoción de huaca.

Y en el festín del cielo azul yodado
gime en el cáliz de la esquila triste
un viejo coraquenque desterrado.

LA Grama mustia, recogida, escueta
ahoga no se qué protesta ignota;
parece el alma exhausta de un poeta,
arredrada en un gesto de derrota.

La Ramada ha tallado su silueta,
cadavérica jaula, sola y rota,
donde mi enfermo corazón se aquieta
en un tedio estatual de terracota.

Llega el canto sin sal del mar labrado
en su máscara bufa de canalla
que babea y da tumbos ahorcado!

La niebla hila una venda al cerro lila
que en ensueños milenarios se enmuralla,
como un huaco gigante que vigila.

HOJAS DE EBANO

FULGE mi cigarrillo;
su luz se limpia en pólvoras de alerta
Y a su guiño amarillo
entona un pastorcillo
el tamarindo de su sombra muerta.

Ahoga en una enérgica negrura
el caserón entero
la mustia distinción de su blancura.
Pena un frágil aroma de aguacero.
Están todas las puertas muy ancianas,
y se hastía en su habano carcomido
una insomne piedad de mil ojeras.
Yo las dejé lozanas;
y hoy ya las telareñas han zurcido
hasta en el corazón de sus maderas,
coágulos de sombra oliendo a olvido.
La del camino, el día
que me miró llegar, trémula y triste,
mientras que sus dos brazos entreabría,
chilló como en un llanto de alegría.
Que en toda fibra existe,
para el ojo que ama, una dormida
novia perla, una lágrima escondida.

Con no se qué memoria secretea
mi corazón ansioso.
—Señora?... —Sí, señor; murió en la aldea;
aún la veo envueltita en su rebozo...

Y la abuela amargura
de un cantar neurasténico de paria
¡oh, derrotada musa legendaria!
afila sus melódicos raudales

bajo la noche oscura;
como si abajo, abajo,
en la turbia pupila de cascajo
de abierta sepultura,
celebrando perpetuos funerales,
se quebrasen fantásticos puñales.

Llueve... llueve... Sustancia el aguacero,
reduciéndolo a fúnebres olores,
el humor de los viejos alcanfores
que velan **tahuashando** en el sendero
con sus ponchos de hielo y sin sombrero.

TERCETO AUTOCTONO

I

EL puño labrador se aterciopela,
y en cruz en cada labio se aperfila.
Es fiesta! El ritmo del arado vuela;
y es un chantre de bronce cada esquila.

Afilase lo rudo. Habla escarcela...
En las venas indígenas rutila
un yaraví de sangre que se cuele
en nostalgias de sol por la pupila.

Las pallas, aquenando hondos suspiros,
como en raras estampas seculares,
enrosarian un símbolo en sus giros.

Luce el Apóstol en su trono, luego;
y es, entre inciensos, cirios y cantares,
el moderno dios-sol para el labriego.

II

ECHA una cana al aire el indio triste.
Hacia el altar fulgente va el gentío.
El ojo del crepúsculo desiste
de ver quemado vivo el caserío.

La pastora de lana y llanque viste,
con pliegues de candor en su atavío;
y en su humildad de lana heroica y triste,
copo es su blanco corazón bravío.

Entre músicas, fuegos de bengala,
solfea un acordeón! Algún tendero
da su reclame al viento: "Nadie iguala"!

Las chispas al flotar lindas, graciosas,
son trigos de oro audaz que el chacarero
siembra en los cielos y en las nebulosas.

III

MADRUGADA. La chicha al fin revienta
en sollozos, lujurias, pugilatos;
entre olores de úrea y de pimienta
traza un ebrio al andar mil garabatos.

"Mañana que me vaya..." se lamenta
un Romeo rural cantando a ratos.
Caldo madrugador hay ya de venta;
y brinca un ruido aperital de platos.

Van tres mujeres... silba un golfo... Lejos
el río anda borracho y canta y llora
prehistorias de agua, tiempos viejos.

Y al soñar una **caja** de Tayanga,
como iniciando un **huaino** azul, remanga
sus pantorrillas de azafrán la Aurora.

ORACION DEL CAMINO

NI sé para quién es esta amargura!
Oh, Sol, llévala tú que estás muriendo,
y cuelga, como un Cristo ensangrentado,
mi bohemio dolor sobre su pecho.
El valle es de oro amargo;
y el viaje es triste, es largo.

Oyes? Regaña una guitarra. Calla!
Es tu raza, la pobre yiejecita
que al saber que eres huésped y que te odian,
se hinca la faz con una roncha lila.
El valle es de oro amargo,
y el trago es largo... largo...

Azulea el camino, ladra el río...
Baja esa frente sudorosa y fría,
fiera y deforme. Cae el pomo roto
de una espada humanicida!

Y en el mómico valle de oro santo,
la brasa de sudor se apaga en llanto!

Queda un olor de tiempo abonado de versos,
para brotes de mármoles consagrados que hereden
la aurífera canción
de la alondra que se pudre en mi corazón!

H U A C O

Y O soy el coraquenque ciego
que mira por la lente de una llaga,
y que atado está al Globo,
como a un huaco estupendo que girara.

Yo soy el llama, a quien tan sólo alcanza
la necedad hostil a trasquillar
volutas de clarín,
volutas de clarín brillantes de asco
y bronceadas de un viejo yaravi.

Soy el pichón de cóndor desplumado
por latino arcabuz;
y a flor de humanidad floto en los Andes,
como un perenne Lázaro de luz.

Yo soy la gracia incaica que se roe
en áureos coricanchas bautizados
de fosfatos de error y de cicuta.
A veces en mis piedras se encabritan
los nervios rotos de un extinto puma.

Un fermento de Sol;
¡levadura de sombra y corazón!

M A Y O

VIERTE el humo doméstico en la aurora
su sabor a rastrojo;
y canta, haciendo leña, la pastora
un salvaje aleluya!
Sepia y rojo.

Humo de la cocina, aperitivo
de gesta en este bravo amanecer.
El último lucero fugitivo
lo bebe, y, ebrio ya de su dulzor,
¡oh celeste zagal trasnochador!
se duerme entre un jirón de rosicler.

Hay ciertas ganas lindas de almorzar,
y beber del arroyo, y chivatear!
Aletear con el humo allá, en la altura;
o entregarse a los vientos otoñales
en pos de alguna Ruth sagrada, pura,
que nos brinde una espiga de ternura
bajo la hebraica unción de los trigales!

Hoz al hombro calmoso,
acre el gesto brioso,
va un joven labrador a Irichugo.
Y en cada brazo que parece yugo
se encrespa el férreo jugo palpitante
que en creador esfuerzo cotidiano
chispea, como trágico diamante,
a través de los poros de la mano
que no ha bizantinado aún el guante.
Bajo un arco que forma verde aliso,
¡oh cruzada fecunda del andrajo!,
pasa el perfil macizo
de este Aquiles incaico del trabajo.

La zagala que llora
su yaravi a la aurora,
recoge ¡oh Venus pobre!
frescos leños fragantes
en sus desnudos brazos arrogantes
esculpidos en cobre.
En tanto que un becerro,
perseguido del perro,
por la cuesta bravía
corre, ofrendando al floreciente día
un himno de Virgilio en su cencerro!

Delante de la choza
el indio abuelo fuma;
y el serrano crepúsculo de rosa,
el ara primitiva se sahuma
en el gas del tabaco.

Tal surge de la entraña fabulosa
de epopéyico huaco,
mítico aroma de bronceos lotos,
el hilo azul de los alientos rotos!

A L D E A N A

LEJANA vibración de esquilas mustias
en el aire derrama
la fragancia rural de sus angustias.
En el patio silente
sangra su despedida el sol poniente.
El ámbar otoñal del panorama
toma un frío matiz de gris doliente! ,

Al portón de la casa
que el tiempo con sus garras torna ojosa.
asoma silenciosa
y al establo cercano luego pasa,
la silueta calmosa
de un buey color de oro,
que añora con sus bíblicas pupilas,
oyendo la oración de las esquilas,
su edad viril de toro!

Al muro de la huerta,
aleteando la pena de su canto,
salta un gallo gentil, y, en triste alerta,
cual dos gotas de llanto,
tiemblan sus ojos en la tarde muerta!

Lánguido se desgarran
en la vetusta aldea
el dulce yaraví de una guitarra,
en cuya eternidad de hondo quebranto
la triste voz de un indio dondorea,
como un viejo esquilón de camposanto.

IDLIO MUERTO

QUE estará haciendo esta hora mi andina y dulce
de junco y capulí; (Rita
ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
la sangre, como flojo cognac, dentro de mí.

Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes blancuras por venir;
ahora, en esta lluvia que me quita
las ganas de vivir.

Qué será de su falda de franela: de sus
afanes; de su andar;
de su sabor a cañas de mayo del lugar.

Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje,
y al fin dirá temblando: "Qué frío hay... Jesús!".
Y llorará en las tejas un pájaro salvaje.

De codos yo en el muro,
cuando triunfa en el alma el tinte oscuro
y el viento reza en los ramajes yertos
llantos de quenas, tímidos, inciertos.
suspiro una congoja,
al ver que en la penumbra gualda y roja
llora un trágico azul de idlios muertos!

Truenos

EN LAS TIENDAS GRIEGAS

Y el Alma se asustó
a las cinco de aquella tarde azul desteñida.
El labio entre los linos la imploró
con pucheros de novio para su prometida.

El Pensamiento, el gran General se cifó
de una lanza deícida.
El Corazón danzaba, más, luego sollozó:
¿la bayadera esclava estaba herida?

Nada! Fueron los tigres que la dan por correr
a apostarse en aquel rincón, y tristes ver
los ocasos que llegan desde Atenas.

No habrá remedio para este hospital de nervios,
para el gran campamento irritado de este atardecer!
Y el General escruta volar siniestras penas
allá.....
en el desfiladero de mis nervios!

A G A P E

HOY no ha venido nadie a preguntar;
ni me han pedido en esta tarde nada.

No he visto ni una flor de cementerio
en tan alegre procesión de luces.
Perdóname, Señor: qué poco he muerto!

En esta tarde todos, todos pasan
sin preguntarme ni pedirme nada.

Y no sé qué se olvidan y se queda
mal en mis manos, como cosa ajena.

He salido a la puerta,
y me da ganas de gritar a todos:
Si echan de menos algo, aquí se queda!

Porque en todas las tardes de esta vida,
yo no sé con qué puertas dan a un rostro,
y algo ajeno se toma el alma mía.

Hoy no ha venido nadie;
y hoy he muerto qué poco en esta tarde

LA VOZ DEL ESPEJO

ASI pasa la vida, como raro espejismo.
¡La rosa azul que alumbra y da el ser al cardo!
Junto al dogma del fardo
matador, el sofisma del Bien y la Razón!

Se ha cogido, al acaso, lo que rozó la mano;
los perfumes volaron, y entre ellos se ha sentido
el moho que a mitad de la ruta ha crecido
en el manzano seco de la muerta Ilusión.

Así pasa la vida,
con cánticos alevés de agostada bacante.
Yo voy todo azorado, adelante... adelante,
rezongando mi marcha funeral.

Van al pie de brahacmánicos elefantes reales,
y al sórdido abejo de un hervor mercurial,
parejas que alzan brindis esculpidos en roca,
y olvidados crepúsculos una cruz en la boca.

Así pasa la vida, vasta orquesta de Esfinges
que arrojan al Vacío su marcha funeral.

ROSA BLANCA

ME siento bien. Ahora
brilla un estolco hielo
en mí.
Me da risa esta sogá
rubí
que rechina en mi cuerpo.

Soga sin fin,
como una
voluta
descendente
de
mal...
soga sanguínea y zurda
formada de
mil dagas en puntal.

Que vaya así, trenzando
sus rollos de crespón;
y que ate el gato trémulo
del Miedo al nido helado,
al último fogón.

Yo ahora estoy sereno,
con luz.
Y maya en mi Pacífico
un náufrago ataúd.

LA DE A MIL

EL suertero que grita "La de a mil",
contiene no sé qué fondo de Dios.

Pasan todos los labios. El hastío
despunta en una arruga su yanó.
Pasa el suertero que atesora, acaso
nominal, como Dios,
entre panes tantálicos, humana
impotencia de amor.

Yo le miro al andrajo. Y él pudiera
darnos el corazón;
pero la suerte aquella que en sus manos
aporta, pregonando en alta voz,
como un pájaro cruel, irá a parar
adonde no lo sabe ni lo quiere
este bohemio dios.

Y digo en este viernes tibio que anda
a cuestras bajo el sol:
¡por qué se habrá vestido de suertero
la voluntad de Dios!

EL PAN NUESTRO

Para Alejandro GAMBOA

SE bebe el desayuno... Húmeda tierra
de cementerio huele a sangre amada.
Ciudad de invierno... La mordaz cruzada
de una carreta que arrastrar parece
una emoción de ayuno encadenada!

Se quisiera tocar todas las puertas,
y preguntar por no sé quién; y luego
ver a los pobres, y, llorando quedos,
dar pedacitos de pan fresco a todos.
Y saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la Cruz!

Pestaña matinal, no os levantéis!
¡El pan nuestro de cada día dáoslo.
Señor...!

Todos mis huesos son ajenos;
Yo tal vez los robé!
Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que, si no hubiera nacido,
otro pobre tomara este café!
Yo soy un mal ladrón... A dónde iré!

Y en esta hora fría, en que la tierra
trasciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,
y suplicar a no sé quién, perdón,
y hacerle pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón...!

A B S O L U T A

COLOR de ropa antigua. Un julio a sombra,
y un agosto recién segado, Y una
mano de agua que injertó en el pino
resinoso de un tedio malas frutas.

Ahora que has anclado, oscura ropa,
tornas rociada de un suntuoso olor
a tiempo, a abreviación... Y he cantado
el proclive festín que se volcó.

Mas ¿no puedes, Señor, contra la muerte,
contra el límite, contra lo que acaba?
Ay! la llaga en color de ropa antigua,
cómo se entreabre y huele a miel quemada!

Oh unidad excelsa! Oh lo que es uno
por todos!
Amor contra el espacio y contra el tiempo!
Un latido único de corazón;
un solo ritmo: **Dios!**

Y al encogerse de hombros los linderos
en un bronco desdén irreductible,
hay un riego de sierpes
en la doncella plenitud del 1.
¡Un arruga, una sombra!

CAPITULACION

A NOCHE, unos abriles granas capitularon
ante mis mayos desarmados de juventud;
los marfiles histéricos de su beso me hallaron
muerto; y en un suspiro de amor los enjaulé.

Espiga extraña, dócil. Su ojos me asediaron
una tarde amaranto que dije un canto a sus
cantos; y anoche, en medio de los brindís, me
hablaron
las dos lenguas de sus senos abrasadas de sed.

Pobre trigueña aquella; pobre sus armas; pobres
sus velas cremas que iban al tope en las salobres
espumas de un mar muerto. Vencedora y vencida.

se quedó pensativa y ojerosa y granate.
Yo me partí de aurora. Y desde aquel combate,
de noche entran dos sierpes esclavas a mi vida.

DESNUDO EN BARRO

COMO horribles batracios a la atmósfera,
suben visajes lúgubres al labio.
Por el Sahara azul de la Substancia
camina un verso gris, un dromedario.

Fosforece un mohín de sueños crueles.
Y el ciego que murió lleno de voces
de nieve. Y madrugar, poeta, nómada,
al crudísimo día de ser hombre.

Las Horas van febriles, y en los ángulos
abortan rubios siglos de ventura.
¡Quién tira tanto el hilo; quién descuelga
sin piedad nuestros nervios,
cordeles ya gastados, a la tumba!

Amor! Y tú también. Pedradas negras
se engendran en tu máscara y la rompen.
¡La tumba es todavía
un sexo de mujer que atrae al hombre!

L I N E A S

CADA cinta de fuego
que, en busca del Amor,
arrojo y vibra en rosas lamentables,
me da a luz el sepelio de una víspera.
Yo no sé si el redoble en que lo busco,
será jadear de roca,
o perenne nacer de corazón.
Hay tendida hacia el fondo de los seres,
un eje ultranervioso, honda plomada.

¡La hebra del destino!
Amor desviará tal ley de vida,
hacia la voz del Hombre;
y nos dará la libertad suprema
en transustanciación azul, virtuosa,
contra lo ciego y lo fatal.

¡Que en cada cifra lata,
recluso en albas frágiles,
el Jesús aún mejor de otra gran Yema!

Y después... La otra línea...
Un Bautista que aguaita, aguaita, aguaita...
Y, cabalgando en intangible curva,
un pie bañado en púrpura.

AMOR PROHIBIDO

SUBES centelleante de labios y ojas!
Por tus venas subo, como un can herido
que busca el refugio de blandas aceras.

Amor, en el mundo tú eres un pecado!
Mi beso es la punta chispeante del cuerno
del diablo; mi beso que es credo sagrado!

Espíritu es el horópter que pasa
¡puro en su blasfemia!
¡el corazón que engendra al cerebro!
que pasa hacia el tuyo, por mi barro triste.
¡Platónico estambre
que existe en el cáliz donde tu alma existe!

¿Algún penitente silencio siniestro?
Tú acaso lo escuchas? Inocente flor!
...Y saber que donde no hay un Padrenuestro,
el Amor es un Cristo pecador!

LA CENA MISERABLE

HASTA cuándo estaremos esperando lo que no se nos debe... Y en qué recodo estiraremos nuestra pobre rodilla para siempre! Hasta cuándo la cruz que nos alienta no detendrá sus remos.

Hasta cuándo la Duda nos brindará blasones por haber padecido...

Ya nos hemos sentado mucho a la mesa, con la amargura de un niño que a media noche, llora de hambre, desvelado...

Y cuándo nos veremos con los demás, al borde de una mañana eterna, desayunados todos. Hasta cuándo este valle la lágrimas, a donde yo nunca dije que me trajeran.

De codos todo bañado en llanto repito cabizbajo y vencido: hasta cuándo la cena durará.

Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla, y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara de amarga esencia humana, la tumba...

Y menos sabe ese oscuro hasta cuándo la cena durará!

PARA EL ALMA IMPOSIBLE DE:
MI AMADA

AMADA: no has querido plasmarte jamás
como lo ha pensado mi divino amor,
 Quédate en la hostia,
 ciega e impalpable,
 como existe Dios.

Si he cantado mucho, he llorado más
por ti ¡oh mi parábola excelsa de amor!
 Quédate en el seso,
 y en el mito inmenso
 de mi corazón!

Es la fe, la fragua donde yo quemé
el terroso hierro de tanta mujer;
y en un yunque impío te quise pulir.
 Quédate en la eterna
 nebulosa, ahí,
en la multicencia de un dulce noser.

Y si no has querido plasmarte jamás
en mi metafísica emoción de amor,
 deja que me azote,
 como un pecador.

EL TALAMO ETERNO

SOLO al dejar de ser, Amor es fuerte!
Y la tumba será una gran pupila,
en cuyo fondo supervive y llora
la angustia del amor, como en un cáliz
de dulce eternidad y negra aurora.

Y los labios se encrespan para el beso,
como algo lleno que desborda y muere;
y, en conjunción crispante,
cada boca renuncia para la otra
una vida de vida agonizante.

Y cuando pienso así, dulce es la tumba
donde todos al fin se compenetran
en un mismo fragor;
dulce es la sombra, donde todos se unen
en una cita universal de amor.

EL TALAMO ETERNO

SOLO al dejar de ser, Amor es fuerte!
Y la tumba será una gran pupila,
en cuyo fondo supervive y llora
la angustia del amor, como en un cáliz
de dulce eternidad y negra aurora.

Y los labios se encrespan para el beso,
como algo lleno que desborda y muere;
y, en conjunción crispante,
cada boca renuncia para la otra
una vida de vida agonizante.

Y cuando pienso así, dulce es la tumba
donde todos al fin se compenetran
en un mismo fragor;
dulce es la sombra, donde todos se unen
en una cita universal de amor.

LAS PIEDRAS

ESTA mañana bajé
a las piedras ¡oh las piedras!
Y motivé y troquelé
un pugilato de piedras.

Madre nuestra, si mis pasos
en el mundo hacen doler,
es que son los fogonazos
de un absurdo amanecer.

Las piedras no ofenden; nada
codician. Tan sólo piden
amor a todos, y piden
amor aun a la Nada.

Y si algunas de ellas se
van cabizbajas, o van
avergonzadas, es que
algo de humano harán...

Mas, no falta quien a alguna
por puro gusto golpee.
Tal, blanca piedra es la luna
que voló de un puntapié...

Madre nuestra, esta mañana
me he corrido con las hiedras,
al ver la azul caravana
de las piedras,
de las piedras,
de las piedras...

RE TAB LO

YO digo para mí: por fin escapo al ruido;
nadie me ve que voy a la nave sagrada.
Altas sombras acuden,
y Darío que pasa con su lira enlutada.

Con paso innumerable sale la dulce Musa,
y a ella van mis ojos, cual polluelos al grano.
La acosan tules de éter y azabaches dormidos,
en tanto sueña el mirlo de la vida en su mano.

Dios mío, eres piadoso, porque diste esta nave,
donde hacen estos brujos azules sus oficios.
Darío de las Américas celestes! Tal ellos se parecen
a ti! Y de tus trenzas fabrican sus cilicios.

Como ánimas que buscan entierros de oro absurdo,
aquellos arciprestes vagos del corazón,
se internan, y aparecen... y, hablándonos de lejos,
nos lloran el suicidio monótono de Dios!

P A G A N A

IR muriendo y cantando. Y bautizar la sombra
con sangre babilónica de noble gladiador.
Y rubricar los cuneiformes de la áurea alfombra
con la pluma del ruiseñor y la tinta azul del dolor.

La Vida? Hembra proteica. Contemplanla asustada
escarpase en sus velos, infiel, falsa Judith;
verla desde la herida, y asirla en la mirada,
incrustando un capricho de cera en un rubí.

Mosto de Babilonia, Holofernes sin tropas,
en el árbol cristiano yo colgué mi nidal;
la viña redentora negó amor a mis copas;
Judith, la vida aleve, segó su cuerpo hostial.

Tal un festin pagano. Y amarla hasta en la muerte,
mientras las venas siembran rojas perlas de mal;
y así volverse al polvo, conquistador sin suerte,
dejando miles de ojos de sangre en el puñal.

LOS DADOS ETERNOS

Para Manuel GONZALEZ PRADA,
esta emoción bravía y selecta,
una de las que, con más entu-
siasmo, me ha aplaudido el gran
maestro.

DIOS mio, estoy llorando el ser que vivo;
me pesa haber tomádotte tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
tú no tienes Marías que se van!

Dios mio, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!

Hoy que en mis ojos brujos hay candelas,
como en un condenado,
Dios mio, prenderás todas tus velas,
y jugaremos con el viejo dado...
Tal vez ¡oh jugador! al dar la suerte
del universo todo,
surgirán las ojeras de la Muerte,
como dos ases fúnebres de lodo.

Dios mio, y esta noche sorda; oscura,
ya no podrás jugar, porque la tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la aventura,
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura.

LOS ANILLOS FATIGADOS

HAY ganas de volver, de amar, de no ausentarse,
y hay ganas de morir, combatido por dos
aguas encontradas que jamás han de istmarse.

Hay ganas de un gran beso que amortaje a la Vida,
que acaba en el África de una agonía ardiente,
suicida!

Hay ganas de... no tener ganas, Señor;
a ti yo te señalo con el dedo deicida:
hay ganas de no haber tenido corazón.

La primavera vuelve, vuelve y se irá. Y Dios,
curvado en tiempo, se repite, y pasa, pasa
a cuestras con la espina dorsal del Universo.

Cuando las sienas tocan su lúgubre tambor,
cuando me duele el sueño grabado en un puñal,
¡hay ganas de quedarse plantado en este verso!

SANTORAL

(Parágrafos)

VIEJO Osiris! Llegué hasta la pared
de enfrente de la vida.

Y me parece que he tenido siempre
a la mano esta pared.

Soy la sombra, el reverso; todo va
bajo mis pasos de columna eterna.

Nada he traído por las trenzas; todo
fácil se vino a mí, como una herencia.

Sardanápalo. Tal, botón eléctrico
de máquinas de sueño fue mi boca.

Así he llegado a la pared de enfrente;
y siempre esta pared tuve a la mano.

Viejo Osiris! Perdónote! Que nada
alcanzó a requerirme, nada, nada ..

LLUVIA

EN Lima... En Lima está lloviendo
el agua sucia de un dolor
qué mortífero! Está lloviendo
de la gotera de tu amor.

No te hagas la que estás durmiendo,
recuerda de tu trovador;
que yo ya comprendo... comprendo
la humana ecuación de tu amor.

Truena en la mística dulzaina
la gema tempestuosa y zaina,
la brujería de tu "sí".

Mas, cae, cae el aguacero
al ataúd de mi sendero,
donde me ahueso para tí...

A M O R

AMOR, ya no vuelves a mis ojos muertos;
y cual mi idealista corazón te llora.
Mis cálices todos aguardan abiertos
tus hostias de otoño y vinos de aurora.

Amor, cruz divina, riega mis desiertos
con tu sangre de astros que sueña y que llora.
¡Amor, ya no vuelves a mis ojos muertos
que temen y ansían tu llanto de aurora!

Amor, no te quiero cuando estás distante
rifado en afeites de alegre bacante,
o en frágil y chata facción de mujer.

Amor, ven sin carne, de un icor que asombre;
y que yo, a manera de Dios, sea el hombre
que ama y engendra sin sensual placer!

D I O S

SIENTO a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anohecemos, Orfandad...

Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
que él me dicta no sé que buen color.
Como un hospitalario, es bueno y triste;
mustia un dulce desdén de enamorado:
debe dolerle mucho el corazón.

Oh, Dios mío, recién a ti me llego,
hoy que amo tanto en esta tarde; hoy
que en la falsa balanza de unos senos,
mido y lloro una frágil Creación.

Y tú, cuál llorarás... tú, enamorado
de tanto enorme seno girador...
Yo te consagro Dios, porque amas tanto;
porque jamás sonríes; porque siempre
debe dolerte mucho el corazón.

U N I D A D

EN esta noche mi reloj jadea
junto a la sien oscurecida, como
manzana de revólver que voltea
bajo el gatillo sin hallar el plomo.

La luna blanca, inmóvil, lagrimea,
y es un ojo que apunta... Y siento cómo
se acuña el gran Misterio en una idea
hostil y ovóidea, en un bermejo plomo.

¡Ah, mano que limita, que amenaza
tras de todas las puertas, y que alienta
en todos los relojes, cede y pasa!

Sobre la araña gris de tu armazón,
otra gran Mano hecha de luz sustenta
un plomo en forma azul de corazón.

LOS ARRIEROS

A RRIERO, vas fabulosamente vidriado de sudor.
La hacienda Menocucho
cobra mil sinsabores diarios por la vida.
Las doce. Vamos a la cintura del día.
El sol que duele mucho.

Arriero, con tu poncho colorado te alejas,
saboreando el romance peruano de tu coca.
Y yo desde una hamaca,
desde un siglo de duda,
cavilo tu horizonte y atisbo, lamentado,
por zancudos, y por el estribillo gentil
y enfermo de una "paca-paca".
Al fin tú llegarás donde debes llegar,
arriero, que, detrás de tu burro santurrón,
te vas...
te vas...

Feliz de ti, en este calor en que se encabritan
todas las ansias y todos los motivos;
cuando el espíritu que anima al cuerpo apenas
va sin coca, y no atina a cabestrar
su bruto hacia los Andes
occidentales de la Eternidad.

Canciones de Hogar

ENCAJE DE FIEBRE

POR los cuadros de santos en el muro colgados
mis pupilas arrastran un ¡ay! de anochecer;
y en un temblor de fiebre, con los brazos cruzados,
mi ser recibe vaga visita del Noser.

Una mosca llorona en los muebles cansados
yo no sé qué leyenda fatal quiere verter:
una ilusión de Orientes que fugan asaltados;
un nido azul de alondras que mueren al nacer.

En un sillón antiguo sentado está mi padre.
Como una Dolorosa, entra y sale mi madre.
Y al verlos siento un algo que no quiere partir.

Porque antes de la oblea que es hostia hecha de
Ciencia,
está la hostia, oblea hecha de Providencia.
Y la visita nace, me ayuda a bien vivir...

LOS PASOS LEJANOS

MI padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;
está ahora tan dulce...
si hay algo en él de amargo, seré yo.

Hay soledad en el hogar; se reza;
y no hay noticias de los hijos hoy.
Mi padre se despierta, ausculta
la huída a Egipto, el restañante adiós.
Está ahora tan cerca;
si hay algo en él de lejos, seré yo.

Y mi madre pasea allá en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.
Está ahora tan suave,
tan ala, tan salida, tan amor.

Hay soledad en el hogar sin bulla,
sin noticias, sin verde, sin niñez.
Y si hay algo quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruje,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie.

A MI HERMANO MIGUEL

In. memoriam

HERMANO, hoy estoy en el poyo de la casa,
donde nos haces una falta sin fondo!
Me acuerdo que jugábamos esta hora, y que mamá
nos acariciaba: "Pero, hijos...".

Ahora yo me escondo,
como antes, todas estas oraciones
vespertinas, y espero que tú no des conmigo.
Por la sala, el zaguán, los corredores,
después, te ocultas tú, y yo no doy contigo.
Me acuerdo que nos hacíamos llorar,
hermano, en aquel juego.

Miguel, tú te escondiste
una noche de agosto, al alborear;
pero, en vez de ocultarte riendo, estabas triste.
Y tu gemelo corazón de esas tardes
extintas se ha aburrido de no encontrarte. Y ya
cae sombra en el alma.

Oye, hermano, no tardes
en salir. Bueno? Puede inquietarse mamá.

ENEREIDA

MI padre, apenas,
en la mañana pajarina, pone
sus setentiocho años, sus setentiocho
ramos de invierno a solear.
El cementerio de Santiago, untado
en alegre año nuevo, está a la vista.
Cuántas veces sus pasos cortaron hacia él,
y tornaron de algún entierro humilde.

Hoy hace mucho tiempo que mi padre no sale!
Una broma de niños se desbanda.

Otras veces le hablaba a mi madre
de impresiones urbanas, de política;
y hoy, apoyado en su bastón ilustre
que sonara mejor en los años de la Gobernación,
mi padre está desconocido, frágil,
mi padre es una vispera.
Lleva, trae, abstraído, reliquias, cosas,
recuerdos, sugerencias.
La mañana apacible le acompaña
con sus alas blancas de hermana de caridad.

Día eterno es éste, día ingenuo, infante,
coral, oracional;
se corona el tiempo de palomas,
y el futuro se puebla
de caravanas de inmortales rosas.
Padre, aún sigue todo despertando:

es enero que canta, es tu amor
que resonando va en la Eternidad.
Aún reirás de tus pequeñuelos,
y habrá bulla triunfal en los Vacíos.

Aún será año nuevo. Habra empanadas:
y yo tendré hambre, cuando toque a misa
en el beato campanario
el buen ciego mélico con quien
departieron mis sílabas escolares y frescas,
mi inocencia rotunda.
Y cuando la mañana llena de gracia,
desde sus senos de tiempo
que son dos renunciadas, dos avances de amor
que se tienden y ruegan infinito, eterna vida.
cante, y eche a volar Verbos plurales,
jirones de tu ser,
a la borda de sus alas blancas
de hermana de caridad ¡oh, padre mío!

ESPERGESIA

Y O nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben
del diciembre de ese enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hermano, escucha, escucha...
Bueno. Y que no me vaya
sin llevar diciembres,
sin dejar enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que mastico... Y no saben
por qué en mi verso chirrían,
oscuro sinsabor de féretro,
luyidos vientos
desenrocados de la Esfinge
preguntona del Desierto.

Todos saben... Y no saben
que la Luz es tísica,
y la Sombra gorda...
Y no saben que el Misterio sintetiza...
que él es la joroba
musical y triste que a distancia denuncia
el paso meridiano de las lindes a las Lindes.

Yo nací un día
Que Dios estuvo enfermo,
grave.

La Presente Obra se editó en los
Talleres Gráficos de: Emp. Edit.
TRILCE S. A.
Lima, 1962

CESAR VALLEJO

TRILCE



LIMA - PERU

1962

Prólogos de Antenor Orrego y José
Bergamín. Salutación de
Gerardo Diego.

PALABRAS PROLOGALES

I

CONOCIMIENTO

BIEN quisiera yo, con harto y ubérrimo corazón que estas palabras mías al frente del gran libro de César Vallejo, que marca una superación estética en la gesta mental de América, fueran nada más que lírico grito de amor, tenue vibración del torbellino musical que ha suscitado siempre en mí la vida y la obra de este hermano genial. Así debería ser, pero mi amor no puede eludir el conocimiento. Pienso que sólo quien comprende es el que con más veracidad ama, y que sólo quien ama es el que más entrañablemente comprende. Hay, pues, una mayor o menor veracidad en el amor, tanto o más que en el conocimiento que extrae para sí el máximun de comprensión que necesita para su amor.

Una áurea mañana el niño se llena de estupor ante el sutil juego dinámico, ante los gritos inarticulados de su muñeco. Su asombrada puerilidad toca por primera vez las puertas del misterio. Espera que el milagro que se produce en sí mismo, el milagro de la vida le pueda ser revelado por esta criatura mecánica que tiene en sus manos. El futuro hombre esgrime sus nervios, su corazón, su

cerebro y su valor para lanzarse en su primera aventura de conocimiento. ¿Por qué? —gritan sus entrañas desde lo más ascendido de su sér—. Y este primer "por qué" rompe, con dolorida angustia, el desfile innumerable de "por qué" que signan los escalones vitales del hombre, hasta el último, el de la muerte. El niño decide destripar su muñeco. Lo destripa.

Tras de haber vaciado las entrañas de trapo y de aserrín, tras de haber examinado atentamente la arquitectura del juguete, tras de haber apartado pieza por pieza todo el montaje interior, tras de haber eliminado todo lo puramente formal en busca de las esencias, el investigador se encuentra ante el primer cadáver de ilusión, ante el primer conocimiento. Un tenue alambriño arrollado en espiral; he aquí dónde residía, íntegramente, el secreto de la maravilla dinámica del muñeco. Esto no es la vida; esto es una mixtificación de la vida.

El niño acaba de descubrir las técnicas, que, a su vez, no son sino los instrumentos para expresar los estilos. El muñeco no es vida, pero puede ser un estilo de la vida.

He aquí, a mi juicio, la posición fundamental de César Vallejo con respecto a la poesía. Niño de prodigiosa virginidad busca el secreto de la vida en sí misma. Ha tenido sus muñecos en los cuales creía encontrar el principio primordial del gran arcano. Ha descubierto que las artes no son sino versiones parciales, versiones escuetas, estilizadas del Universo. Ha descubierto los estilos y los instrumentos para expresarlos: las técnicas.

César Vallejo está destripando los muñecos de la retórica. Los ha destripado ya.

El poeta quiere dar una versión más directa, más caliente y cercana de la vida. El poeta ha hecho pedazos todos los alambritos convencionales

y mecánicos. Quiere encontrar otra técnica que le permita expresar con más veracidad y lealtad su estilo de la vida.

La América Latina —creo yo— no asistió jamás a un caso de tal virginidad poética. Es preciso ascender hasta Walt Whitman para sugerir, por comparación de actitudes vitales, la puerilidad genial del poeta peruano. De esta labor ya se encargará la crítica inteligente, si no hoy, mañana.

II

INTROSPECCION ESTETICA

El poeta quisiera vencer la trágica limitación del hombre para verter a Dios. El poeta quisiera librarse del yugo de las técnicas para expresar el crudo temblor de la Naturaleza. Más aún, el poeta quisiera matar el estilo para traducir la desnuda y fluida presencia del sér. El poeta quisiera conocer sin estilo. Pero antes que poeta es hombre, y como hombre ama también su límite. Sabe que es éste condición inexorable de su expresión. Que el conocimiento al ser expresado mata un tanto el conocimiento. Pero quiere un límite lo menos límite posible. Pues si hay necesidad de un estilo y de una técnica, que sean lo menos estilo y lo menos técnica.

Es así como César Vallejo, por una genial y, tal vez, hasta ahora, inconsciente intuición, de lo que son en esencia las técnicas y los estilos, despoja su expresión poética de todo asomo de retórica, por lo menos, de lo que hasta aquí se ha entendido por retórica, para llegar a la sencillez pristina, a la pueril y edénica simplicidad del verbo. Las palabras en su boca no están agobiadas de tradición literaria, están preñadas de emoción vi-

tal, están preñadas de desnudo temblor. Sus palabras no han sido dichas, acaban de nacer. El poeta rompe a hablar, porque acaba de descubrir el verbo. Está ante la primera mañana de la Creación y apenas ha tenido tiempo de relacionar su lenguaje con el lenguaje de los hombres. Por eso es su decir tan personal, y como prescinde de los hombres para expresar al Hombre, su arte es ecuménico, es universal.

Los demás hombres vemos anatómicamente las cosas. Asistimos a la vida como estudiantes de medicina ante un anfiteatro. Nuestra labor es una labor de disección. Tenemos conocimiento de la pieza anatómica, pero no del todo vivo. Nuestro plano de perspectiva es tan inmediato que el árbol nos oculta al bosque. Vemos los órganos de la vida, separados, clasificados, abstraídos, pero no vemos el temblor vital que palpita en el conjunto. En una palabra, hacemos análisis del hombre, pero no síntesis del hombre.

La pupila de este poeta percibe el panorama humano. Reconstruye lo que en nosotros se encontraba disperso. Toma la pieza anatómica y la encaja en su lugar funcional. Retrae hacia su origen la esencia del sér, bastante oscurecida, chafada, desvitalizada por su carga intelectual de tradición. De este modo llega su arte a expresar al hombre eterno y a la eternidad del hombre, pese a la ubicación local o nacional de su emoción. Su plano de perspectiva está colocado en tal punto que le permite tener la percepción, a la vez, del árbol y del bosque.

El poeta asume entonces su máximo rol de humanidad, lo que equivale a su más alto rol de expresión, lo que equivale, a su vez, a su máximo rol estético. El hombre sólo expresándose se relaciona con el mundo, se conecta con los demás:

hombres y es por esta condición que alcanza su humanidad; y la estética es, a la postre, expresión. El ser absolutamente inexpressivo no existe, es un ente de pura abstracción. Si existiera sería la negación de toda facultad estética, de toda condición humana.

El poeta habla individualmente, particulariza el lenguaje, pero piensa, siente y ama universalmente. Así es como han procedido siempre los grandes creadores. Han renovado los lenguajes y las técnicas, pero han expresado el fondo común humano que es eterno. Nosotros procedemos a la inversa. Particularizamos, estrechamos, desvitalizamos nuestro corazón y nuestro pensamiento, en cambio hablamos, nos expresamos, nos servimos de técnicas que son universales y comunes. El creador vitaliza los lenguajes y las técnicas particularizándolas, nosotros particularizamos y estrechamos el corazón humano desvitalizándolo. El hace síntesis constructiva, nosotros anatomía disgregadora. Nosotros desarticulamos para conocer, él conoce articulando. El acerca y conecta eslabones, nosotros alejamos y dislocamos piezas. El descubre y acopla identidades, nosotros acentuamos y separamos diferencias. Para nosotros entre ser y ser, entre forma y forma hay abismos; para él entre ser y ser, entre forma y forma no hay sino continuidad. Nosotros percibimos los tabiques, él percibe las trayectorias. El mira la Naturaleza en su integridad, que es vida; nosotros miramos la Naturaleza en sus partes, que es muerte. El percibe la vida trémula y agitada, en toda su vehemencia funcional, nosotros la percibimos como clasificación, es decir, como cadáver. El mira el hombre en su destino, nosotros lo miramos en su anatomía y, a lo sumo, en su fisiología. El se siente continente del hombre, nosotros nos sentimos contenidos del hombre. El es:

cauce de humanidad, nosotros células o elemento de humanidad. El dice: tú eres semejante a todos, nosotros decimos: tú eres destino de todos. Nosotros aislamos al hombre del Universo, él le liga totalmente, le hace solidario. Nosotros particularizamos al mundo él universaliza al hombre.

III

EL VEHICULO MUSICAL

En toda expresión estética hay un quid divinum, un ritmo secreto de entrañada interioridad, un hálito latente que no está en la literalidad de la expresión, una ánima ingrávida y eterizada que no está en las partes sino en el conjunto, una aureola que no reside en la obra sino sobre o dentro de la obra, la cual no es sino la virtualidad musical de sugerencia. Las artes todas; pintura, escultura, poesía, aspiran, en sus máximas altitudes, a la expresión musical.— Los grandes creadores sólo lo fueron a condición de haber llegado a la música de su arte y de su estilo.

Y es que la música es el elemento primario del Universo. Es la expresión en que la forma se desmaterializa casi totalmente. Se ha despojado de toda su carga fisiológica para intentar una traducción más cercana y directa del corazón del hombre y del mundo. Es la máxima potencia de estilización del Universo, tanto, que a veces una sola nota que vibra nos abre inmensas perspectivas de conocimiento y de emoción vitales. Las mayores intuiciones, aquéllas que colonizan para la conciencia extensas zonas de pensamiento, nos asaltan como meros motivos melódicos, que el cerebro se encarga, después, de ordenarlas, de explicarlas y de hacerlas carne de verbo. Cuando las artes y los

artistas han vencido los planos inferiores de expresión llegan a un punto de intersección o de convergencia, a un punto de abrazo, que es el ritmo. Allí se sienten semejantes; mas, se sienten unos. Es el lazo de relación para todas las conciencias, posiblemente aún hasta para la materia yerta que nos parece sumida en un sueño de eternidad.

Una misma sugerencia vital al ser expresada por un escultor, por un pintor, por un pensador, por un poeta, a pesar de los diversos caminos, de los diversos instrumentos que emplean y de las diversas formas en que se concreta, alcanza un ritmo único que traduce, a la postre, la misma esencia. Esto nos explica por qué un pensamiento, una acción, un cuadro, una escultura, se nos presentan a veces con el mismo aire familiar, como si procedieran del mismo punto generativo. Esto no es sino la latencia o presencia rítmica que mora en la entraña de cada ser y de cada cosa y que constituye el ánima mater de la ecuménica y secreta trabazón del Mundo.

Pues bien, este ritmo no lo crea el artista, es una cosa dada ya, que sólo reclama ser descubierta. He aquí la más grande función del artista: descubrir el ritmo, y por medio de su arte, expresarlo. El artista no es sino un simple vehículo o conductor. Este es el único sentido de la palabra creación. Los ritmos de las cosas están esperando, desde toda eternidad, un revelador. Darío dijo, si mal no recuerdo, que cada cosa está aguardando su instante de infinito. Este instante no es sino aquel en que el artista descubre el ritmo de cada cosa o de cada ser, que, al mismo tiempo que lo relaciona con el Universo, también lo determina.

Y es tiempo de que volvamos los ojos al poeta de "Trilce". ¡Cuántos "instantes de infinito" descubiertos y colonizados ya para el espíritu huma-

no, han establecido su morada en el libro maravilloso llamando ojos, nervios, cerebros y corazones para que descubran a su vez, lo que el poeta descubrió! ¡Cuántas trémulas palpitations de las cosas recogidas allí para que el corazón del hombre se conozca más, se descubra más y ame más! ¡Cuánta música que dormía su sueño de eternidad, que viene a henchir de ritmo nuestra alegría y nuestro dolor de conocimiento...!

El poeta ha descubierto de nuevo la eternidad del hombre; ha descubierto los valores primigenios del alma humana que son por esto mismo, los valores primigenios de la vida, elevándolos a una extraordinaria altura metafísica. En el habla española, solamente Darío alcanzó, en algunos instantes, en los mejores, este vuelo en que el ala a fuerza de ascender se desdibuja y se esfuma para la pupila humana. Son los próceres Himalayas del espíritu en que el pensamiento es metafísica, y la metafísica es trance emotivo, y el trance emotivo es ritmo.

El poeta llega a estas regiones enteramente desnudo. Desnudo de convención y de artificio. La veste retórica, el paramento literario, como humilde trapillo de indigente, yace abandonado y desgarrado, y el varón edénico presenta su carne a los besos de la luz, a los hálitos de la noche, al temblor de las estrellas.

Y tú también, lector, vas a presentarte desnudo, abandonando tu trapillo literario, para llegar al poeta. Si sabes algo, haz como si no supieras nada; la virginidad emotiva y rítmica de "Trilce" niegase a ser poseída por el presuntuoso ensoberbecimiento del que "todo lo sabe", quiere carne pura para que no esté maculada de malicia. No vayas a juzgar; anda a amar, anda a temblar...

IV

LA VIDA CIRCUNSTANCIAL DEL HOMBRE

Por el tiempo en que el poeta rompe a decir sus primeros ritmos, en oscura ciudad de América, en Trujillo, - aldea agraria y de universitarias presunciones, de vida sosegada y mansa, como sus verdes y estáticos cañaverales, nace la ascendrada fraternidad, que nunca hubo de declinar, entre el que estas palabras escribe y el mágico creador de "Trilce". Era él un humilde estudiante serrano, con modestias ansias de doctorarse, como tantos pobres indios que engulle, despiadadamente, la Universidad. Recuerdo aquel día, vivido y florecido aún en mi corazón, en que el azar me trajo a las manos "Aldeana", pequeño poemita rural, de deleitoso ambiente cerril y campesino. Fue el "sésamo ébrete" que me franqueó la abismática riqueza del artista. Mi admiración y mi amor rindiéronse genuflexos ante el indio maravilloso. Comenzaba a forjarse, a yunque cordial y a puro martillo de vida, "Los Heraldos Negros".

En torno a una mesa de café o de restorán, previo un ansioso inquirimiento, casi siempre infructuoso por nuestros magros bolsillos de estudiantes, para allegar los dineros con que habíamos de pagar el viático y el vino, reuníamos José Eulogio Garrido, aristofónico y buenamente incisivo; Macedonio de la Torre, de múltiples y superiores facultades artísticas, perpetuamente distraído y pueril; Alcides Spelucín, uncioso y serio como un sacerdote; César A. Vallejo, de enjuto, bronceado y energético pergeño con sus dichos y hechos de inverosímil puerilidad; Juan Espejo, niño balbuceante y tímido aún; Oscar Imaña, colmado de bondad cor-

dial y susceptible exageradamente a las burlas y pullas de los otros; Federico Esquerre, bonachón, manso, irónico, con la risa a flor de labio; Eloy Espinosa, a quien llamábamos "el Benjamín", con su desorbitada y ruidosa alegría de vivir; Leoncio Muñoz, de generoso y férvido sentido admirativo; Víctor Raúl Haya de la Torre, en quien se apuntaban ya sus excepcionales facultades oratorias; y dos o tres años después, Juan Sotero, de criolla y aguda perspicacia irónica; Francisco Sandoval dueño de pávidos y embrujados poderes mediumínicos; Alfonso Sánchez Urteaga, pintor de gran fuerza, demasiado mozo, que tenía aún pegado a los labios el dulzor de los senos maternos, y algunos otros muchachos de fresco corazón y encendida fantasía. Este ha sido y este es el hogar espiritual del poeta.

Otro día, el ágape fraterno solíase consumir, a base de cabrito y chicha, ante el sedante paisaje de Mansiche y en la humilde vivienda de algún indio. Frescas mozas de ojos ingenuos y de formas elásticas presentábanos las criollas viandas. Se llamaban Huanmanchumo, Piminchumo, Anhuaman, Ñique. Servidos éramos por auténticas princesas de la más clara y legítima estirpe chimú, descendientes directos de los poderosos y magníficos curacas de Chanchán.

La playa de Huamán solitaria y solemne, de olas voraces y traidoras, solía ser también el escenario de estas líricas y férvidas juntas moceriles. Recitábanse allí a Darío, Neruo, Walt Whitman, Verlaine, Paúl Fort, Samain, Maeterlinck y tantos otros que poblaban de aladas y melódicas palabras la sonoridad inarticulada del mar, que abría a nuestra fantasía viajera sus "caminos innumerables".

Rondas nocturnas, pensativas y de encendida

cordialidad, unas; gárrulas y alborotadas, otras. Más de una vez la algarada juvenil turbó el sueño tranquilo de la vieja ciudad provinciana. Con frecuencia los amaneceres sorprendíanos en estos trajines que tenían un adulzorado sabor romántico, apagando como de un soplo, la feérica fogata de nuestros ensueños.

La despreocupada irreverencia moceril que no se curaba de eminencias universitarias, ni de las consagradas y oficiales sabidurías de pupitre, tuvo que provocar, como provocó, una tensa hostilidad ambiente. La docta suficiencia de catedráticos aldeanos cuya cultura literaria, bastante humilde, apenas podía digerir algunas estrofas sueltas de Núñez de Arce y de Espronceda, y cuya curiosidad mental se alimentaba, o mejor, se había alimentado hacía treinta años, con las novelas de Pérez Escrich, Julio Verne, y Alejandro Dumas, se irritó con las audacias y las zumbas de los mozos. El poeta de "Los Heraldos Negros" y de "Trilce" fue la víctima propiciatoria de los más ineptos e ineficaces ataques que no estaban desprovistos de cierta senil malignidad. Un buen señor que no sé si ha muerto ya y que, si mal no recuerdo, se apellidaba Pacheco, digno émulo del de Queiroz, se hizo el instrumento pasivo de los otros, que no se atrevían a presentar batalla a cara descubierta. Así comenzó una heroica lucha que algunos años más tarde debía rendir tan prodigiosos frutos para la cultura y elevación mental de Trujillo. L

Por este tiempo, conocimos un grupo de muchachas que nos brindaron gentil acogida. Las llamabamos con cierta intención, entre benévola y humorística, con nombres alegóricos o de la antigüedad clásica: "Mirtho" era la del poeta. Una noche, mientras tomábamos un restaurador chocolate, los celos pusieron en manos del enamorado cantor un

Smith & Watson * con el cual se proponía vengar el sentimental agravio. No pocos esfuerzos nos costó disuadirle de la medioeval y caballeresca empresa. Al día siguiente partió a Lima.

Llegaron horas negras. El poeta pensaba, por entonces, salir al extranjero. Tenía ya su viaje preparado, pero antes quiso, por última vez, visitar el pequeño pueblo donde había nacido, sentir el tibio y sedante abrazo de su hogar, en el cual no estaba ya la buena madre viejecita que, tantas mañanas y tantas tardes, esperó que los altos cerros cuyas faldas subrayó, al alejarse, la inquieta sombra del hijo, se lo devolvieran de nuevo. El hijo vino cuando los senos maternos eran ya ausencia definitiva. Aquí le esperaba la terrible y trágica prueba de su vida. Quien conozca el sórdido ambiente espiritual de los poblachos serranos en el Perú, se dará cuenta cabal de la maraña tinterillesca y lugareña en que cayó la ingenuidad del poeta. El claro varón que había nacido con los mayores dones de sensibilidad y de pureza ética, que era simple y bondadoso, como un niño, fue acusado de los más turbios crímenes. Abogado hubo que sostuvo ante el Tribunal la acusación de ladrón, de incendiario y hasta de homicida. Hubo otro, éste, camarada de estudios universitarios, que se prestó a fraguar la más inicua instrucción curialesca. Así se vengaba del genio la mediocre ineptitud abogadil. No quiero nombrar aquí a estos dos desdichados por no cubrirlos de ignomina. La generosidad del poeta también les ha perdonado ya.

Mientras la justicia ventilaba la causa, el acusado, con mandamiento de prisión, vivió los días más angustiosos y ásperos. Días de alarido interior y de bruno agravio. Tenía yo una minúscula casita de campo donde fue a refugiarse el perseguido. Largas noches de insomne pesadilla ante el paisa-

je estático y fúnebre, ante los encelados rumores del campo y ante los pávidos ojos de la noche muerta que eternizaba nuestra desesperanza. Hubieron, sin embargo, horas dulcificadas, las más de las veces, por la presencia fraternal de algunos de los muchachos que he nombrado antes y que iban a visitarnos.

Después de dos meses, el poeta comenzó a sentir temores de ser sorprendido y resolvióse a salir a otro lugar que ofrecía, al parecer, mayor seguridad. No fue como esperaba, por que al día siguiente cayó en manos de sus jueces que lo condujeron a la cárcel.

La juventud intelectual de Trujillo y la prensa estallaron entonces en airado grito de protesta, iniciando una enérgica campaña de rehabilitación. Siguieron, luego, los artistas e intelectuales de Arequipa y Lima y la prensa de Chiclayo. El suceso tuvo dolorosa repercusión en todo el país. Aquí debo mencionar a un inteligente abogado, admirador del poeta, que se prestó, generosamente, a hacer la defensa, hombre valeroso y de gran corazón, el doctor Carlos A. Godoy.

Seis meses fueron de brava lucha, contra la morosidad y el rutinarismo de los organismos judiciales. Aquella hermandad de muchachos que parecía cosa frívola y epidérmica a los ojos fenicios, se irguió prepotente y bizarra contra la insidia, contra la calumnia y la difamación, contra el engranaje gastado y acuchillante de la justicia. Esta vez el acometimiento juvenil venció la modorra del Código, ante el pasmo y a pesar de los oficientes mismos de la ley. Este hecho blasonó a Trujillo por sobre todos los pseudos blasones que suele ostentar.

El poeta, durante el tiempo que duró su prisión, mantúvose en tal dignidad y varonía que impuso

respeto a todos. No imploró justicia reptando por los estrados judiciales, sí que la pidió y la exigió, verticalmente, como un hombre. Y al fin, la rehabilitación se produjo, plenaria, íntegra, absoluta.

En este oscuro período de dictorio el espíritu del poeta creció superando su potencialidad creadora. Allí se astillaron, con sangre de su sangre, los mejores versos de "Trilce". Donaba ritmos y marcaba agravios. Que América y la posteridad tengan en cuenta las ciliciadas lonjas cordiales que vale este libro.

Y ahora, el público que me permita retraerme para hablar en voz baja la palabra final, para secretar ternuras al hermano:

"Canta tus ritmos divinos, querido; cántalos siempre para que se abracen y se glisen como lianas a mis pensamientos; para que mis lágrimas, y mis alegrías y los más escondidos secretos de mi corazón, cuando busquen palabras para incorporarse; encuentren las tuyas, frescas, edénicas y vivas; canta tus ritmos para que en la hora en que me suma en el mar de sombra y de callado imperio, me alargues tu mano musical, hermano"...

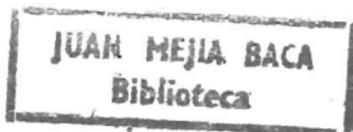
ANTENOR ORREGO

Trujillo—Setiembre de 1922.

NOTICIA DE TRILCE (*)

ESTE libro "Trilce", de César Vallejo, se publicó por primera vez en Lima, en 1922. Fue acogido con indiferencia o con hostilidad. Después, las jóvenes generaciones literarias del Perú, empezaron a dar-

(*) Prólogo de la II edición de Trilce Editorial Plutarco — Madrid 1930.



se cuenta exacta, según parece, del extraordinario valor poético que contenía. Hubo, o hay, hacia César Vallejo, una tensión distinta: de curiosidad, de sorpresa, de admiración. En España, la poesía de César Vallejo, era hasta ahora, casi totalmente desconocida. Su nombre aparecía sumado al movimiento llamado por sus propugnadores creacionismo: con Huidobro, Larrea, Gerardo Diego. Este movimiento o tendencia formuló en principio, un enunciado poético claramente significativo: "La poesía —decía— es esencialmente traducible. Principio en aparente oposición, si no contradicción, con la tendencia de la nuevamente radical poesía española que definían, individualmente, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Rafael Alberti... Los poetas creacionistas, en principio Huidobro y Larrea, escriben indistintamente en español y en francés, por entender que el fenómeno estético del lenguaje puede someterse más fácilmente al pensamiento, poéticamente puro, en el francés que en el castellano: porque suponen más trabajada y preparada la lengua francesa que la española, más apta para la expresión verbal poética: para la trasmisión espiritual de la creación imaginativa. Gerardo Diego y Jorge Guillén polemizaron sobre este punto. Yo quiero recordarlo, ahora, únicamente para acentuar una de las cualidades esenciales de la poesía de César Vallejo: su arraigo idiomático castellano. Y más, por llegarnos su poesía de América. En este sentido, el libro "Trilce", de César Vallejo, tuvo un logro profético, adelantándose con ingenua espontaneidad de poesía recién nacida: y adelantándose tanto, que hoy mismo nos sería difícil encontrarle superación entre nosotros; en su autenticidad y en sus consecuencias.

Llega con este libro de César Vallejo una a-

portación lírica de valor y significado decisivos. Hacia la fecha de aparición de "Trilce", apenas si se había iniciado en España la renovación o reacción lírica que pronto adquiriría, marginando influencias francesas circunstanciales, el sentido tradicional y radical de nuestra poesía más pura. Salinas, Guillén, García Lorca, Dámaso Alonso, Alberti... laboran esta nueva poesía racional y radicalmente española: hacen que vuelva en sí o a sí misma, a una poesía sincopada casi totalmente durante dos siglos. Y a una poesía que había perdido su sentido —alegre o "dolorido sentir" perdurable— volvieron a dárselo verdadero: porque ahondaban radicalmente la espontaneidad de su lenguaje originario. Esta renovación era una reacción contra las desviaciones romántica naturalística, por último, modernista, de nuestra lírica. Contra el modernismo de Rubén Darío, ese gran vehículo armonioso de la peor pacotilla literaria pseudo-francesa, se mantenía para la línea becqueriana, ya persistente, algo en Unamuno, en el dejo poético de Unamuno en el verso, como en la prosa vibrante de su pensar profundo; pero, sobre todo, en Antonio Machado y en Juan Ramón Jiménez. Bebe la nueva sed poética de estos dos líricos en las fuentes vivas del habla andaluza popular, depurándose, en el segundo, de modo que su propio fluir elude, huidero, la filación en formas dadas, y esa admirable fluidez viva de un lirismo hace de su misma corriente natural, de su propio curso fugitivo, la pura transparencia imaginativa de su pensamiento. A esta poesía esencialmente lírica, fluente, renovadora, formada en un arte poético tan verbalmente transitivo, siguió un empeño más racional, más, en cierto modo, arquitectónico: más constructivo. En la poesía de Pedro Salinas, la más próxima todavía a la transición viva del perfecto liris-

mo juanramoniano, ya empieza a formarse, como de finas cristalizaciones, la estructuración primera de este cauce. Y en la poesía de Jorge Guillén ya se concreta en una concepción, si más limitada, más exacta, esta poderosa reacción poética: reacción o revolución como la de un incorruptible mecanismo celeste, que traspasa, como es natural, o sobrenatural, sus determinaciones históricas. En el verso y la prosa de Dámaso Alonso se afirma ese propósito decidido de construir, de estructurar en formas claras y distintas el pensar imaginativo poético: como en la poesía de Rafael Alberti, iniciada en cantar y canción, y profundizada en puro canto, en hondo pensar puramente poético.

El libro de Alberti "Sobre los Angeles", con las poesías de Juan Larrea o las de Neruda y aquellas de Gerardo Diego que él incluye en su forma creadora, pueden servirnos para sistematizar por referencia el sentido y valor poético de este libro "Trilce".

No tiene la poesía de "Trilce" esa poderosa plenitud dominada y dominadora de la expresión poética de Rafael Alberti: esa virtualidad artística por la que puede Alberti avanzar con dantesca seguridad en sus laberintos internales o celestes: plasticidad imaginativa, precisión ajustada y ceñida de contornos, lo mismo visual que sonora, que ofrece su poesía con la misma definida perfección siempre, con la objetividad de una construcción metafísica del pensamiento. En el pensar poético de Rafael Alberti, la razón es una pasión, como en la filosofía aristotélica y escolástica; y recíprocamente: la pasión es una razón: razón de ser y razón de estar, exclusivamente poetizado o creado todo en el universo. También se diferencia la poesía de "Trilce", en su ingenuidad, en su íntima generación espiritual profunda, aunque estando

más próxima por la sencillez humana de sus moda, delicadamente agudizada de Juan Larrea; poesía tan directa y tan pura que puede aplicársele invocaciones, de la poesía extremadamente conmovida aquella opinión de Debussy sobre un trozo de Bach: "que no sabe uno cómo ponerse ni lo que hacer para sentirse digno de escucharla". La poesía de Gerardo Diego se aproxima a "Trilce" por la aparente incoherencia de los enlaces imaginativos, acusadores de una honda coherencia poética más exacta; se aparta totalmente del poeta de "Manual de Espumas" por el estremecimiento humano que la determina, por la rapidez, por la vibración, por el acento. La poesía de "Trilce" es seca, ardorosa, como retorcida duramente por un sufrimiento animal que se deshace en un grito alegre o dolorido, casi salvaje. Esto la aproxima y la aparta, a su vez, del poeta americano Neruda, también oscuramente dolorido y hosco, pero con distintas sensualidad: la poesía de Neruda es más jugosa, más blanda, más densa y, acaso, más rica de tonalidades, pero más monótona en conjunto, menos inventiva, menos flexible, menos ágil.

"Versos que no son versos, poesía que no es poesía", decía Jules Laforgue del libro admirable de Corbière: "Les Amours Jaunes". Es decir, poesía que no es literatura; que no está escrita en letras muertas, que no es letrada o no está literaturizada todavía. Cosa excepcional y sorprendente en lengua francesa, donde la tradición que pudiéramos llamar lógico-jurídica del lenguaje, es mucho más inflexible que en la castellana.

La poesía de "Trilce", proyecta o propaga el pensamiento espiritualmente, y no literariamente, por la palabra, en puras relaciones imaginativas, desnudas del ropaje habitual metafórico, descarnadas así, secamente, como una sacudida eléctrica.

Por este descoyuntado lenguaje, por esta armazón esquelética se trasmite, como por una apretada red de cables acerados, una corriente imaginativa, una **vibración, un estremecimiento de máxima tensión** poética: por ella se descarga a chispazos luminosos y ardientes el profundo sentido y sentimiento de una razón puramente humana. De esto debe estar advertido el lector de "Trilce", de que la poesía vuelve a la infancia espiritual del pensamiento, traspassando fronteras conceptuales: que no han de buscarse en la poesía relaciones análogas ni semejantes al del inferir racional lógico: la poesía tiene su lógica propia como los astros, su pensar espiritual incorruptible. Y no porque la poesía no tenga razón, sino porque la tiene suya propia, razón que le sobra: que por eso, con la razón es con lo que ha de salirse siempre, con la suya; salirse o situarse, relacionarse, especialmente, en el universo imaginativo del hombre.

En la poesía de "Trilce" chocará al lector esta desnudez descarnada, este punzante afianzamiento, brutal, de un lenguaje tan exclusivamente poético, tan poco, o nada, literario. Mucho más, cuando en la poesía de "Trilce" no se desvía ingeniosamente nunca la ingenuidad poética del pensamiento. El poeta desarticula la estructura gramatical del lenguaje descoyuntándolo en sorprendentes cabriolas neologistas, que sirven a su entrañable conmoción imaginativa, a su compasión racional poética, de potentes resortes o ligamentos; mejor, de trampolines para el salto peligroso de las palabras. Ni aún siendo tan extenso bastará a la poesía de "Trilce" el registro tradicional de nuestra rítmica: se lo saltará con ligeros pies como se salta todas las explicaciones literarias.

"La poesía moderna —ha escrito Max Jacob— se salta todas las explicaciones". Yo no he de tra-

tar de explicar, ni de explicarme, esta poesía, que es, como toda poesía, por definición, inexplicable; apenas si podría explicar por qué supera la poesía toda explicación prácticamente razonada o razonadora; y es que la supera a duras penas, precisamente, porque consiste su razón espiritual de ser en eso: en sobrepasar, en saltar o en hacer saltar, por el pensamiento, los obstáculos tradicionales del lenguaje. Por eso la poesía de "Trilce" se ahonda, se arraiga en el lenguaje, porque no puede transmitirse ni cambiarse el lenguaje de nacimiento: el lenguaje poético; aquella cualidad especial, singular y única, que las palabras adquirieron en nuestra racionalización primera, durante la infancia, para sostener después un sistema de relaciones imaginativas con todas las cosas, que es, como nuestra propia sangre espiritual, más aún, como nuestro cuerpo: personal e intransferible. Esta incorporación personal poética es, por eso mismo, la seguridad de su universalidad, esencialmente traducible, pero no dentro de nosotros mismos, sino fuera.

La pureza poética de "Trilce", pureza íntegramente espiritual, pureza de mar, no pureza de agua destilada, tiene tanto empuje, tanto ímpetu, que nos parece áspera y dura al primer contacto; pero, por eso mismo, como todo lo que se expresa más estrictamente, afianza el sentido humano de lo verdadero: la poesía que es lo más humanamente verdadero, o, verdaderamente, lo más humano.

JOSE BERGAMIN.

VALLE VALLEJO

ALBERTO Samain diría Vallejo dice
Gerardo Diego enmudecido dirá mañana
y por una sola vez Piedra de estupor
y madera dulce de establo querido amigo
hermano en la persecución gemela de los
sombrosos desprendidos por la velocidad de los astros
Piedra de estupor y madera noble de establo
constituyen tu temeraria materia prima
anterior a los decretos del péndulo y a la
creación secular de las golondrinas

Naciste en un cementerio de palabras
una noche en que los esqueletos de todos los verbos
(intransitivos)
Proclamaban la huelga del te quiero para siempre
(siempre siempre)
una noche en que la luna lloraba y reía y lloraba y
volvía a reír y a llorar
jugándose a sí misma a cara o cruz
Y salió cara y tú viviste entre nosotros

Desde aquella noche muchas palabras apenas
nacidas fallecieron repentinamente
tales como Caricia Quizás Categoría Cuñado
(Cataclismo)
Y otras nunca jamás oídas se alumbraron sobre la
(tierra)
así como Madre Miga Moribundo Melquisedec
(Milagro)
y todas las terminadas en un rabo inocente

Vallejo tú vives rodeado de pájaros a gatas
en un mundo que está muerto requetemuerto y
(podrido)

Vives con tus palabras muertas y vivas
Y gracias a que tú vives nosotros deshauciados
(acertamos)

a levantar los párpados
para ver el mundo tu mundo con la mula y
el hombre guillermosecundario y la tiernísima niña y
los cuchillos que duelen en el paladar

Porque el mundo existe y tú existes y nosotros
terminaremos por existir (probablemente)
si tú te empeñas y cantas y voceas
en tu valiente valle Vallejo

GERARDO DIEGO

Madrid, Abril 1930.

Se ha respetado la caprichosa y peculiar ortografía del autor. La presente versión de TRILCE es la correspondiente a la primera edición, Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, Lima, 1922. "Noticia de Trilce", de José Bergamín, y "Valle Vallejo", de Gerardo Diego, han sido tomados de la segunda edición, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1930.

NOTA DE LOS EDITORES

I

QUIEN hace tanta bulla, y ni deja
testar las islas que van quedando

Un poco más de consideración
en cuanto será tarde, temprano,
y se aquilatará mejor
el guano, la simple calabrina tesórea
que brinda sin querer,
en el insular corazón,
salobre alcatraz, á cada hialóidea
grupada.

Un poco más de consideración,
y el mantillo líquido, seis de la tarde
DE LOS MAS SOBERBIOS BEMOLES.

Y la península párase
por la espalda, abozaleada, impertérrita
en la línea mortal de equilibrio.

TIEMPO Tiempo

II

Mediodía estancado entre relentes.
Bomba aburrida del cuartel achica
tiempo tiempo tiempo tiempo.

Era Era.

Gallos cancionan escarbando en vano.
Boca del claro día que conjuga
era era era era.

Mañana Mañana.

El reposo caliente aun de ser.
Piensa el presente guárdame para
mañana mañana mañana mañana.

Nombre Nombre.

¿Qué se llama cuanto heriza nos?
Se llama Lomismo que padece
nombre nombre nombre.

III

LAS personas mayores
¿a qué hora volverán?
Da la seis el ciego Santiago,
y ya está muy oscuro.

Madre dijo que no demoraría.

Aguedita, Nativa, Miguel,
cuidado con ir por ahí, por donde
acaban de pasar gangueando sus memorias
dobladoras penas,
hacia el silencioso corral, y por donde
las gallinas que se están acostando todavía,
se han espantado tanto.
Mejor estemos aquí no más.
Madre dijo que no demoraría.

Ya no tengamos pena. Vamos viendo
los barcos ¡el mío es más bonito de todos!
con los cuales jugamos todo el santo día,
sin pelearnos, como debe de ser:
han quedado en el pozo de agua, listos,
fletados de dulces para mañana.

Aguardemos así, obedientes y sin más
remedio, la vuelta, el desagravio
de los mayores siempre delanteros
dejándonos en casa a los pequeños,
como si también nosotros
no pudiésemos partir.

Aguedita, Nativa, Miguel?
Llamo, busco al tanteo en la oscuridad.
No me vayan a haber dejado solo,
y el único recluso sea yo.

IV

RECHINAN dos carretas contra los martillos
hasta los lagrimales trifurcas,
cuando nunca las hicimos nada.
A aquella otra sí, desamada,
amargurada bajo túnel campero
por lo uno, y sobre duras áljidas
pruebas

espiritivas

Tendíme en són de tercera parte,
más tarde —qué la bamos a hazer—
se anilla en mi cabeza, furiosamente
a no querer dosificarse en madre. Son

los anillos.

Son los nupciales trópicos ya tascados.
El alejarse, mejor que todo,
rompe a Crisol.

Aquel no haber descolorado
por nada. Lado al lado al destino y llora
y llora. Toda la canción
cuadrada en tres silencios.

Calor. Ovario. Casi transparencia.
Háse llorado todo. Háse entero velado
en plena izquierda.

GRUPO dicotiledón. Oberturan desde él petreles, propensiones de trinidad finales que comienzan, ohs de ayes creyérase avaloriados de heterogeneidad. ¡Grupo de los dos cotiledones!

A ver. Aquello sea sin ser más.
 A ver. No trascienda hacia afuera,
 y piense en són de no ser escuchado,
 y crome y no sea visto.
 Y no glise en el gran colapso.

La creada voz rebélase y no quiere ser malla, ni amor.
 Los novios sean novios en eternidad.
 Pues no deis 1, que resonará al infinito.
 Y no deis 0, que callará tanto,
 hasta despertar y poner de pie al 1.

Ah grupo bicardiaco.

EL traje que vestí mañana
no lo ha lavado mi lavandera:
lo lavaba en sus venas otilinas,
en el chorro de su corazón, y hoy no he
de preguntarme si yo dejaba
el traje turbio de injusticia.

Ahora que no hay quien vaya a las aguas,
en mis falsillas encañona
el lienzo para emplumar, y todas las cosas
del velador de tanto qué será de mí,
todas no están mías
a mi lado.

Quedaron de su propiedad,
fratesadas, selladas con su trigueña bondad.

Y si supiera si ha de volver;
y si supiera qué mañana entrará
a entregarme las ropas lavadas, mi aquella
lavandera del alma. Qué mañana entrará
satisfecha, capuli de obrería, dichosa
de probar que sí sabe, que sí puede
¡COMO NO VA A PODER!
azular y planchar todos los caos.

VII

RUMBE sin novedad por la veteada calle
que yo me sé. Todo sin novedad,
de veras. Y fondeé hacia cosas así,
y fui pasado.

Doblé la calle por la que raras
veces se pasa con bien, salida
heroica por la herida de aquella
esquina viva, nada a medias.

Son los grandores,
el grito aquel, la claridad de careo,
la barreta sumersa en su función de
¡ya!

Cuando la calle está ojerosa de puertas,
y pregoná desde descalzos atriles
trasmañanar las salvas en los dobles.

Ahora hormigas minuterías
se adentran dulzoradas, dormitadas, apenas
dispuestas, y se baldan,
quemadas pólvoras, altos de a 1921.

VIII

MAÑANA es otro día, alguna
vez hallaría para el hifalto poder,
entrada eternal.

Mañana algún día,
sería la tienda chapada
con un par de pericardios, pareja
de carnívoros en celo.

Bien puede afinar todo eso.
Pero un mañana sin mañana,
entre los aros de que enviudemos,
margen de espejo habrá
donde traspasaré mi propio frente
hasta perder el eco
y quedar con el frente hacia la espalda.

IX

VUSCO volver de golpe el golpe.
Sus dos hojas anchas, su válvula
que se abre en suculenta recepción
de multiplicando a multiplicador,
su condición excelente para el placer,
todo avía verdad.

Busco volver de golpe el golpe.
A su halago, enveto bolivarianas fragosidades
a treintidós cables y sus múltiples,
se arrequantan pelo por pelo
soberanos belfos, los dos tomos de la Obra,
y no vivo entonces ausencia,
ni al tacto.

Fallo bolver de golpe el golpe.
No ensillaremos jamás el toroso. Vaveo
de egoísmo y de aquel ludir mortal
de sábana,
desque que la mujer está
¡cuánto pesa de general!

Y hembra es el alma de la ausente.
Y hembra es el alma mía.

PRISTINA y última piedra de infundada
ventura, acaba de morir
con alma y todo, octubre habitación y encinta.
De tres meses de ausente y diez de dulce.
Cómo el destino,
mitrado monodáctilo, ríe.

Cómo detrás deshaucian juntas
de contrarios. Cómo siempre asoma el guarismo
bajo la línea de todo avatar.

Cómo escotan las ballenas a palomas.
Cómo a su vez éstas dejan el pico
cubicado en tercera ala.
Cómo arzonamos, cara a monótonas ancas.

Se remolca diez meses hacia la decena,
hacia otro más allá.
Dos quedan por lo menos todavía en pañales.
Y los tres meses de ausencia.
Y los nueve de gestación.

No hay ni una violencia.
El paciente incorpórase,
y sentado empavona tranquilas misturas.

HE encontrado a una niña
 en la calle, y me ha abrazado.
 Equis, disertada, quien la halló y la halle,
 no la va a recordar.

Esta niña es mi prima. Hoy, al tocarle
 el talle, mis manos han entrado en su edad
 como en par de mal rebocados sepúlcros.
 Y por la misma desolación marchóse,
 delta al sol teneblosa,
 trina entre los dos.

 "Me he casado",
 me dice. Cuando lo que hicimos de niños
 en casa de la tía difunta.
 Se ha casado.
 Se ha casado.

Tardes años latitudinales,
 qué verdaderas ganas nos ha dado
 de jugar a los toros, a las yuntas,
 pero todo de engaños, de candor, como fue.

XII

ESCAPO de una finta, peluza a peluza.
Un proyectil que no sé dónde irá a caer.
Incertidumbre. Tramonto. Cervical coyuntura.

Chasquido de moscón que muere
a mitad de su vuelo y cae a tierra.
¿Qué dice ahora Newton?
Pero, naturalmente, vosotros sois hijos.

Incertidumbre. Talones que no giran.
Carilla en nudo, fabricada
cinco espinas por un lado
y cinco por el otro: Chit! Ya sale.

XIII

P IENSO en tu sexo.
Simplificado el corazón, pienso en tu sexo,
ante el hjar maduro del día.
Palpo el botón de dicha, está en sazón.
Y muere un sentimiento antiguo
degenerado en seso.

Pienso en tu sexo, surco más prolífico
y armonioso que el vientre de la Sombra,

aunque la Muerte concibe y pare
de Dios mismo.

Oh conciencia,
pienso, sí, en el bruto libre
que goza donde quiere, donde puede.

Oh, escándalo de miel de los crepúsculos.
Oh estruendo mudo.

¡Odumodneurtse!

CUAL mi explicación.

Esto me lacera la tempranía.

Esa manera de caminar por los trapecios.

Esos corajosos brutos como postizos.

Esa goma que pega el azogue al adentro.

Esas posaderas sentadas para arriba.

Ese no puede ser, sido.

Absurdo.

Demencia.

Pero he venido de Trujillo a Lima.

Pero gano un sueldo de cinco soles.

TENGO fe en ser fuerte.
 Dame, aire manco, dame ir
 galoneándome de ceros a la izquierda.
 Y tú, sueño, dame tu diamante implacable.
 tu tiempo de deshora.

Tengo fe en ser fuerte.
 Por allí avanzà cóncava mujer,
 cantidad incolora, cuya
 gracia se cierra donde me abro.

Al aire, fray pasado. Cangrejos, zote!
 Avistase la verde bandera presidencial,
 arriando las seis banderas restantes,
 todas las colgaduras de la vuelta.

Tengo fe en que soy,
 y en que he sido menos.

Ea! Buen primero!

DESTILASE este 2 en una sola tanda,
 y entrambos lo apuramos.
 Nadie me hubo oído. Estría urente
 abracadabra civil.

La mañana no palpa cual la primera
 cual la última piedra ovulandas
 a fuerza de secreto. La mañana descalza.
 El barro a medias
 entre sustancias gris, más y menos.

Caras no saben de la cara, ni de la
 marcha a los encuentros.
 Y sin hacia cabecee el exergo.
 Yerra la punta del afán.

Junio, eres nuestro. Junio, y en tus hombros
 me paro a carcajear, secando
 mi metro y mis bolsillos
 en tus 21 uñas de estación.

Buena! Buena!

OH las cuatro paredes de la celda.
 Ah las cuatro paredes albicantes
 que sin remedio dan al mismo número.

Criadero de nervios, mala brecha,
 por sus cuatro rincones cómo arranca
 las diarias aherrojadas extremidades.

Amorosa llavera de innumerables llaves,
 si estuvieras aquí, si vieras hasta
 qué hora son cuatro estas paredes.
 Contra ellas seríamos contigo, los dos,
 más dos que nunca. Y ni lloraras,
 di, libertadora!

Ah las paredes de la celda.
 De ellas me duele entretanto, más
 las dos largas que tienen esta noche
 algo de madres que ya muertas
 llevan por bromurados declives,
 a un niño de la mano cada una.

Y sólo yo me voy quedando,
 con la diestra, que hace por ambas manos,
 en alto, en busca de terciario brazo
 que ha de pupilar, entre mi donde y mi cuando,
 esta mayoría inválida de hombre.

XIX

A trastear, Hélpide dulce, escampas,
cómo quedamos de tan quedarnos.

Hoy vienes apenas me he levantado.
El establo está divinamente meado
y excrementido por la vaca inocente
y el inocente asno y el gallo inocente.

Penetra en la maría ecuménica.
Oh sangabriel, haz que conciba el alma,
el sin luz amor, el sin cielo,
lo más piedra, lo más nada,
hasta la ilusión monarca.

Quemaremos todas las naves!
Quemaremos la última esencia!

Mas si se ha de sufrir de mito a mito,
y a hablarme llegas masticando hielo,
mastiquemos brasas,
ya no hay donde bajar,
ya no hay donde subir.

Se ha puesto el gallo incierto, hombre.

A L ras de batiente nata blindada
de piedra ideal. Pues apenas
acerco el 1 al 1 para no caer.

Ese hombre mostachoso. Sol,
herrada su única rueda, quinta y perfecta,
y desde ella para arriba.
Bulla de botones de bragueta,
libres.
bulla que reprende A vertical subordinada.
El desague jurídico. La chirota grata.

Mas sufro. Allende sufro. Aquende sufro.

Y he aqui se me cae la baba. soy
una bella persona, cuando
el hombre guillermosecundario
puja y suda felicidad
a chorros, al dar lustre al calzado
de su pequeña de tres años.

Engállase el barbadó y frota un lado.
La niña en tanto pónese el indice
en la lengua que empieza a deletrear
los enredos de enredos de los enredos,
y unta el otro zapato, a escondidas,
con un poquito de saliba y tierra,
pero con un poquito
no má.
S,

EN un auto arteriado de círculos viciosos,
 torna diciembre qué cambiado,
 con su oro en desgracia. Quién le viera:
 diciembre con sus 31 pieles rotas,
 el pobre diablo.

Yo le recuerdo. Hubimos de esplendor,
 bocas ensortijadas de mal engrimiento,
 todas arrastrando recelos infinitos.
 Cómo no voy a recordarle
 al magro señor Doce.

Yo le recuerdo. Y hoy diciembre torna
 qué cambiado, el aliento a infortunio,
 helado, moqueando humillación.

Y a la ternurosa avestruz
 como que la ha querido, como que la ha adorado.
 Pero ella se ha calzado todas sus diferencias.

ES posible me persigan hasta cuatro magistrados vuelto. Es posible me juzguen

(pedro.)

¡Cuatro humanidades justas juntas!
Don Juan Jacobo está en hacerlo,
y las burlas le tiran de su soledad,
como a un tonto. Bien hecho.

Farol roto, el día induce a darle algo,
y pende
a modo de asterisco que se mendiga
a sí propio quizás qué enmendaturas.

Ahora que chirapa tan bonito
en esta paz de una sola línea,
aquí me tienes,
aquí me tienes, de quien yo penda,
para que sacies mis esquinas.

Y si, éstas colmadas,
te derramases de mayor bondad,
sacaré de donde no haya,
forjaré de locura otros posillos,
insaciables ganas
de nivel y amor.

Si pues siempre salimos al encuentro
de cuanto entra por otro lado,
ahora, chirapado eterno y todo,
heme, de quien yo penda,
estoy de filo todavía. Heme!

TAHONA estuosa de aquellos mis bizcochos
pura yema infantil innumerable, madre.

Oh tus cuatro gorgas, asombrosamente
mal plañidas, madre: tus mendigos.
Las dos hermanas últimas, Miguel que ha muerto
y yo arrastrando todavía
una trenza por cada letra del abecedario.

En la sala de arriba nos repartías
de mañana, de tarde de dual estiba,
aquellas ricas hostias de tiempo, para
que ahora nos sobrasen
cáscaras de relojes en flexión de las 24
en punto parados.

Madre, y ahora! Ahora, en cuál alvéolo
quedaría, en qué retoño capilar,
cierta migaja que hoy se me ata al cuello
y no quiere pasar. Hoy que hasta
tus pueros huesos estarán harina
que no habrá en qué amasar
¡tierna dulcera de amor!,
hasta en la cruda sombra, hasta en el gran molar
cuya encía late en aquel lácteo hoyuelo
que inadvertido lábrase y pulula ¡tú lo viste tanto!
en las cerradas manos recién nacidas.

Tal la tierra oirá en tu silenciar,
cómo nos van cobrando todos
el alquiler del mundo donde nos dejas
y el valor de aquel pan inacabable.

Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros
pequeños entonces, como tú verías,
no se lo podíamos haber arrebatado
a nadie; cuando tú nos lo diste,
¿di, mamá?

AL borde de un sepulcro florecido
trascurren dos marías llorando,
llorando a mares.

El ñandú desplumado del recuerdo
alarga su postrera pluma,
y con ella la mano negativa de Pedro
graba en un domingo de ramos
resonancias de exequias y de piedras.

Del borde de un sepulcro removido
se alejan dos marías cantando.
Lunes.

ALFAN alfiles a adherirse
 a las junturas, al fondo, a los testuces,
 al sobrelecho de los numeradores a pie.
 Alfiles y cadillos de lupinas parvas.

Al rebufar el socaire de cada caravela
 deshilada sin americanizar,
 ceden las estevas en espasmo de infortunio.
 con pulso párvulo mal habituado
 a sonarse en el dorso de la muñeca.
 Y la más aguda tiplisonancia
 se tonsura y apeálase, y largamente
 se ennazala hacia carámbanos
 de lástima infinita.

Soberbios lomos resoplan
 al portar, pendientes de mustios petrales
 las escarapelas con sus siete colores
 bajo cero, desde las islas guaneras
 hasta las islas guaneras.
 Tal los escarzos a la intemperie de pobre
 fe.
 Tal el tiempo de las rondas. Tal el del rodeo
 para los planos futuros,
 cuando innánima grifalda relata sólo
 fallidas callandas cruzadas.

Vienen entonces alfiles a adherirse
 hasta en las puertas falsas y en los borradores.

Las uñas. Apeona ardiente avestruz coja,
desde perdidos sures,
flecha hasta el estrecho ciego
de senos aunados.

Al calor de una punta
de pobre sesgo ESFORZADO,
la griega sota de oros tórnase
morena sota de islas.
cobrizá sota de lagos
en frente a moribunda alejandria,
a cuzco moribundo.

ME da miedo ese chorro,
 buen recuerdo, señor fuerte, implacable
 cruel dulzor. Me da miedo.
 Esta casa me da entero bien, entero
 lugar para este no saber dónde estar.

No entremos. Me da miedo este favor
 de tornar por minutos, por puentes volados.
 Yo no avanzo, señor dulce,
 recuerdo valeroso, triste
 esqueleto cantor.

Qué contenido, el de esta casa encantada,
 me da muertes de azogue, y obtura
 con plomo mis tomas
 a la seca actualidad.

**El chorro que no sabe a cómo vamos,
 dame miedo, pavor.
 Recuerdo valeroso, yo no avanzo.
 Rublo y triste esqueleto, silba, silba.**

XXVIII

HE almorzado solo ahora, y no he tenido madre, ni súplica, ni sirvete, ni agua, ni padre que, en el facundo ofertorio de los choclos, pregunte para su tardanza de imagen, por los broches mayores del sonido.

Cómo iba yo a almorzar. Cómo me iba a servir de tales platos distantes esas cosas, cuando habrása quebrado el propio hogar, cuando no asoma ni madre a los labios. Cómo iba yo a almorzar nonada.

A la mesa de un buen amigo he almorzado con su padre recién llegado del mundo, con sus canas tías que hablan en tordillo retinte de porcelana, bisbiseando por todos sus viudos alvéolos; y con cubiertos francos de alegres tiroriros porque estánse en su casa. Así qué gracia! Y me han dolido los cuchillos de esta mesa en todo el paladar.

El yantar de esas mesas así, en que se prueba amor ajeno en vez del propio amor, torna tierra el bocado que no brinda la

MADRE,

hace golpe la dura deglución; el dulce, hiel; aceite funéreo, el café.

·Cuando ya se ha quebrado el propio hogar, y el sirvete materno no sale de la tumba, la cocina a oscuras, la miseria de amor.

XXIX

ZUMBA el tedio enfrascado
bajo el momento improducido y caña.

Pasa una paralela a
ingrata línea quebrada de féclidad.
Me extraña cada firmeza, junto a esa agua
que se aleja, que ríe acero, caña
Hilo retemplado, hilo, hilo binómico,
¿por dónde romperás, nudo de guerra?
Acoraza este ecuador. Luna.

QUEMADURA del segundo
 en toda la tierna carnicilla del deseo,
 picadura de ají vagoroso
 a las dos de la tarde inmoral.

Guante de los bordes borde a borde.
 Olorosa verdad tocada en vivo, al conectar
 la antena del sexo
 con lo que estamos siendo sin saberlo.

Lavaza de máxima ablución.
 Calderas viajeras
 que se chocan y salpican de fresca sombra
 unánime, el color, la fracción, la dura vida,
 la dura vida eterna.
 No temamos. La muerte es así.

El sexo sangre de la amada que se queja
 dulzorada, de portar tanto
 por tan punto ridículo.
 Y el circuito
 entre nuestro pobre día y la noche grande,
 a las dos de la tarde inmoral.

ESPERANZA plañe entre algodones.

Aristas roncadas uniformadas
de amenazas tejidas de esporas magnificas
y con porteros botones innatos.
¿Se luden seis de Sol?
Natividad. Cállate, miedo.

Cristiano espero, espero siempre
de hinojos en la piedra circular que está
en las cien esquinas de esta suerte
tan vaga a donde asomo.

Y Dios sobresaltado, nos oprime
el pulso, grave, mudo,
y como padre a su pequeña,
apenas,
pero apenas, entreabre los sangrientos algodones
y entre sus dedos toma a la esperanza.

Señor, lo quiero yo...
Y basta!

999 calorías.

Rumbbbb.... Trrraprrrr rrach.... chaz
Serpentínica u del bizcochero
engirafada al tímpano.

Quién como los hielos. Pero no.
Quién como lo que va ni más ni menos.
Quién como el justo medio.

1.000 calorías.
Azulea y ríe su gran cachaza
el firmamento gringo. Baja
el sol empavado y le alborota los cascos
al más frío.

Remeda al cuco: Rooooooooeeeeeis.....
tierno autocarril, móvil de sed,
que corre hasta la playa.

Aire, aire! Hielo!
Si al menos el calor (———Mejor
no digo nada.

Y hasta la misma pluma
con que escribo por último se troncha.

Treinta y tres trillones trescientos treinta
y tres calorías.

SI lloviera esta noche, retirárame
de aquí a mil años.
Mejor a cien no más.
Como si nada hubiese ocurrido, haría
la cuenta de que vengo todavía.

O sin madre, sin amada, sin porfía
de agacharme a aguaitar al fondo, a puro
pulso,
esta noche, así, estaría escarmenando
la fibra védica,
la lana védica de mi fin final, hilo
del diantre, traza de haber tenido
por las narices
a dos badajos inacordes de tiempo
en una misma campana.

Haga la cuenta de mi vida
o haga la cuenta de no haber aún nacido,
no alcanzaré a librarme.

No será lo que aún no haya venido, sino
lo que ha llegado y ya se ha ido,
sino lo que ha llegado y ya se ha ido.

SE acabó el extraño con quien, tarde
la noche, regresabas parla y parla.
Ya no habrá quien me aguarde,
dispuesto mi lugar, buenc lo malo.

Se acabó la calurca tarde;
tu gran bahia y tu clamor; la charla
con tu madre acabada
que nos brindaba un té lleno de tarde.

Se acabó todo al fin: las vacaciones,
tu obediencia de pechos, tu manera
de pedirme que no me vaya fuera.

Y se acabó el diminutivo, para
mi mayoría en el dolor sin fin
y nuestro haber nacido así sin causa.

E L encuentro con la amada
tanto alguna vez, es un simple detalle,
casi un programa hípico en violado,
que de tan largo no se puede doblar bien.

El almuerzo con ella que estaría
poniendo el plato que nos gustara ayer
y se repite ahora,
pero con algo más de mostaza;
el tenedor absorto, su doneo radiante
de pistilo en mayo, y su verecundia
de a centavito, por quitame allá esa paja.
Y la cerveza lírica y nerviosa
a la que celan sus dos pezones sin lúpulo,
y que no se debe tomar mucho!

Y los demás encantos de la mesa
que aquella núbil campaña borda
con sus propias baterías germinales
que han operado toda la mañana,
según me consta, a mí,
amoroso notario de sus intimidades,
y con las diez varillas mágicas
de sus dedos pancreáticos.

Mujer que, sin pensar en nada más allá,
suelta el mirlo y se pone a conversarnos
sus palabras tiernas
como lancinantes lechugas recién cortadas.

Otro vaso y me voy. Y nos marchamos,
ahora sí, a trabajar.

Entre tanto, ella se interna
entre los cortinajes y ¡oh aguja de mis días
desgarrados! se sienta a la orilla
de una costura, a coserme el costado
a su costado,
a pegar el botón de esa camisa,
que se ha vuelto a caer. Pero hase visto!

PUGNAMOS ensartarnos por un ojo de aguja,
enfrentados, a las ganadas.
Amoniácase casi el cuarto ángulo del círculo.
¡Hembra se continúa el macho, a raíz
de probables senos, y precisamente
a raíz de cuanto no florece!

¿Por ahí estás, Venus de Milo?
Tu manqueas apenas pululando
entrañada en los brazos plenarios
de la existencia,
de esta existencia que todaviiza
perenne imperfección.
Venus de Milo, cuyo cercenado, increado
brazo revuélvese y trata de encodarse
a través de verdeantes guijarros gagos,
ortivos nautilus, aunes que gatean
recién, vísperas inmortales.
Laceadora de inminencias, laceadora
del paréntesis.

Rehusad, y vosotros, a posar las plantas
en la seguridad dupla de la Armonía.
Rehusad la simetría a buen seguro.
Intervenid en el conflicto
de puntas que se disputan
en la más torionda de las justas
el salto por el ojo de la aguja!

Tal siento ahora al meñique
demás en la siniestra. Lo veo y creo

no debe serme, o por lo menos que está
en sitio donde no debe.
Y me inspira rabia y me azarea
y no hay cómo salir de él, sino haciendo
la cuenta de que hoy es jueves.

¡Ceded al nuevo impar
potente de orfandad!

HE conocido a una pobre muchacha
 a quien conduje hasta la escena.
 La madre, sus hermanas qué amables y también
 aquel su infortunado "tú no vas a volver".

Como en cierto negocio me iba admirablemente,
 me rodeaban de un aire de dinasta florido.
 La novia se volvía agua,
 y cuán bien me solía llorar
 su amor mal aprendido.

Me gustaba su tímida marinera
 de humildes aderezos al dar las vueltas,
 y cómo su pañuelo trazaba puntos,
 tildes, a la melografía de su bailar de juncia.

Y cuando ambos burlamos al párroco,
 quebróse mi negocio y el suyo
 y la esfera barrida.

XXXVIII

ESTE cristal aguarda ser sorbido
en bruto por boca venidera
sin dientes. No desdentada.
Este cristal es pan no venido todavía.

Hiere cuando lo fuerzan
y ya no tiene cariños animales.
Mas si se le apasiona, se melaria
y tomaría la horma de los sustantivos
que se adjetivan de brindarse.

Quienes lo ven allí triste individuo
incolore, lo enviarían por amor,
por pasado y a lo más por futuro:
si él no dase por ninguno de sus costados;
si él espera ser sorbido de golpe
y en cuanto transparencia, por boca
venidera que ya no tendrá dientes.

Este cristal ha pasado de animal,
y márchase ahora a formar las izquierdas,
los nuevos Menos.
Déjenlo sólo no más.

QUIEN ha encendido fósforo!
 Mésome. Sonríe
 a columpio por motivo.
 Sonríe aún más, si llegan todos
 a ver las guías sin color
 y a mí siempre en punto. Qué me importa.

Ni ese bueno del Sol que, al morirse de gusto,
 lo desposta todo para distribuirlo
 entre las sombras, el pródigo,
 ni él me esperaría a la otra banda.
 Ni los demás que paran solo
 entrando y saliendo.

Llama con toque de retina
 el gran panadero. Y pagamos en señas
 curiosísimas el tibio-valor innegable
 horneado, trascendente.
 Y tomamos el café ya tarde.
 con deficiente azúcar que ha faltado,
 y pan sin mantequilla. Qué se va hacer.

Pero, eso sí, los arcos receñidos, barreados.
 La salud va en un pie. De frente: marchen!

QUIEN nos hubiera dicho que en domingo
 así, sobre arácnidas cuestras
 se encabritaría la sombra de puro frontal.
 (Un molusco ataca yermos ojos encallados,
 a razón de dos o más posibilidades tantálicas
 contra medio estertor de sangre remordida).

Entonces, ni el propio revés de la pantalla
 deshabitada enjugaría las arterias
 trasdoseadas de dobles todavía.
 Como si nos hubiesen dejado salir! Como
 si no estuviésemos embrazados siempre
 a los dos flancos diarios de la fatalidad!

Y cuánto nos habríamos ofendido.
 Y aun lo que nos hābríamos enojado y peleado:
 y amistado otra vez
 y otra vez.

Quién hubiera pensado en tal domingo,
 cuando, a rastras, seis codos lamen
 de esta manera, hueras yemas lunesentes.

Habríamos sacado contra él, de bajo
 de las dos alas del Amor,
 lustrales plumas terceras, puñales,
 nuevos pasajes de papel de oriente.
 Para hoy que probamos si aún vivimos.
 casi un frente no más.

LA Muerte de rodillas mana
 su sangre blanca que no es sangre.
 Se huele a garantía.
 Pero ya me quiero reír.

Murmúrase algo por allí. Callan.
 Alguien silba valor de lado,
 y hasta se contaría en par
 veintitrés costillas que se echan de menos
 entre sí, a ambos costados; se contaría
 en par también, toda la fila
 de trapecios escoltas.

En tanto el redoblante policial
 (Otra vez me quiere reír)
 se desquita y nos tunde a palos,
 dale y dale,
 de membrana a membrana,
 tas
 con
 tas.

ESPERAOS. Ya os voy a narrar todo. Esperaos sosiegue este dolor de cabeza. Esperaos. ¿Dónde os habéis dejado vosotros que no hacéis falta jamás?

Nadie hace falta! Muy bien.

Rosa entra del último piso. Estoy niño. Y otra vez rosa: ni sabes a dónde voy.

¿Aspa la estrella de la muerte?
O son extrañas máquinas cosedoras dentro del costado izquierdo. Esperaos otro momento.

No nos ha visto nadie. Pura búscate el talle. ¡A dónde se han saltado tus ojos!

Penetra reencarnada en los salones de ponentino cristal. Suena música exacta casi lástima.

Me siento mejor. Sin fiebre, y ferviente. Primavera. Perú. Abro los ojos. Ave! No salgas. Dios, como si sospechase algún flujo sin reflujo ay.

Paletada facial, resbala el telón cabe las conchas.

Acrisis. Tilia, acuéstate.

QUIEN sabe se va a ti. No le ocultes.
 Quién sabe madrugada.
 Acaríciale. No le digas nada. Está
 duro de lo que se ahuyenta.
 Acaríciale. Anda! Cómo le tendrías pena.

Narra que no es posible
 todos digan que bueno
 cuando ves que se vuelve y revuelve,
 animal que ha aprendido a irse... No?
 Sí! Acaríciale. No le arguyas.

Quién sabe se va a ti madrugada.
 ¿Has contado qué poros dan salida solamente,
 y cuáles dan entrada?
 Acaríciale. Anda! Pero no vaya a saber
 que lo haces porque yo te lo ruego.
 Anda!

XLIV

ESTE piano viaja para adentro,
viaja a saltos alegres.
Luego medita en ferrado reposo,
clavado con diez horizontes.

Adelanta. Arrástrase bajo túneles,
más allá, bajo túncles de dolor,
bajo vértebras que fugan naturalmente.

Otras veces van sus trompas,
lentas ansias amarillas de vivir,
van de eclipse,
y se espulgan pesadillas insectiles
ya muertas para el trueno, heraldo de los génesis.

Piano oscuro ¿a quién atisbas
con tu sordera que me oye,
con tu mudez que me asorda?
Oh pulso misterioso.

ME desvinculo del mar
cuando vienen las aguas a mí.

Salgamos siempre. Saboreemos
la nación estupenda, la canción dicha
por los labios inferiores del deseo.
Oh prodigiosa doncellez.
Pasa la brisa sin sal.

A lo lejos husmeo los tuétanos
oyendo el tanteo profundo, a la caza
de teclas de resaca.

Y si así diéramos las narices
en el absurdo,
nos cubriremos con el oro de no tener nada,
y empollaremos el ala aún no nacida
de la noche, hermana
de esta ala huérfana del día,
que a fuerza de ser una ya no es ala.

XLVI

LA tarde cocinera se detiene
ante la mesa donde tú comiste;
y muerta de hambre tu memoria viene
sin probar ni agua, de lo puro triste.

Mas como siempre, tu humildad se ayiene
a que le brinden la bondad más triste.
Y no quieres gustar, que ves quien viene
filiamente a la mesa en que comiste.

La tarde cocinera te suplica
y te llora en su delantal que aún sórdido
nos empieza a querer de oírnos tanto.

Yo hago esfuerzos también; porque no hay
valor para servirse de estas aves.
Ah! qué nos vamos a servir ya nada.

LA tarde cocinera se detiene
 ante la mesa donde tú comiste;
 y muerta de hambre tu memoria viene
 sin probar ni agua, de lo puro triste.

Mas como siempre, tu humildad se ayiene
 a que le brinden la bondad más triste.
 Y no quieres gustar, que ves quien viene
 filialmente a la mesa en que comiste.

La tarde cocinera te suplica
 y te llora en su delantal que aún sórdido
 nos empieza a querer de oírnos tanto.

Yo hago esfuerzos también; porque no hay
 valor para servirse de estas aves.
 Ah! qué nos vamos a servir ya nada.

CILIADO arrecife donde nació,
según refieren cronicones y pliegos
de labios familiares historiados
en segunda gracia.

Ciliado archipiélago, te desislas a fondo,
a fondo archipiélago mío!
Duras todavía las articulaciones
al camino, como cuando nos instan
y nosotros no cedemos por nada.

Al ver los párpados cerrados,
implumes mayorcitos, devorando azules bombones,
se carcajean pericotes viejos.
Los párpados cerrados, como si, cuando, nacemos
siempre no fuese tiempo todavía.

Se va el altar, el cirio para
que no le pasase nada a mi madre,
y por mí que sería con los años, si Dios
quería, Obispo, Papa, Santo, o talvez
sólo un columnario dolor de cabeza.

Y las manitas que se abarquillan
asiéndose de algo flotante,
a no querer quedarse.
Y siendo ya la 1.

TENGO ahora 70 soles peruanos.
 Cojo la penúltima moneda, la que suena
 69 veces púnicas.
 Y he aquí, al finalizar su rol,
 quémase toda y arde llameante,
 llameante,
 redonda entre mis tímpanos alucinados.

Ella, siendo 69, dase contra 70;
 luego escala 71 rebota en 72.
 Y así se multiplica y espejea impertérrita
 en todos los demás piñones.

Ella, vibrando y forcejeando,
 pegando grittttos,
 soltando arduos, chisporroteantes silencios,
 orinándose de natural grandor,
 en unánimes postes surgentes,
 acaba por ser todos los guarismos,
 la vida entera.

MURMURADO en inquietud, cruzo,
el traje largo de sentir, los lunes
de la verdad.

Nadie me busca ni me reconoce,
y hasta yo he olvidado
de quién seré.

Cierta guardarropía, sólo ella, nos sabrá
a todos en las blancas hojas
de las partidas.

Esa guardarropía, ella sola,
al volver de cada facción,
de cada candelabro
ciego de nacimiento.

Tampoco yo descubro a nadie, bajo
este mantillo que iridice los lunes
de la razón;
y no hago más que sonreír a cada púa
de las verjas, en la loca búsqueda
del conocido.

Buena guardarropía, ábreme
tus blancas hojas;
quiero reconocer siquiera al 1,
quiero el punto de apoyo, quiero
saber de estar siquiera.

En los bastidores donde nos vestimos,
no hay, no Hay nadie: hojas tan sólo
de par en par.

Y siempre los trajes descolgándose
por sí propios, de perchas
como ductores índices grotescos,
y partiendo sin cuerpos, vacantes,
hasta el matiz prudente
de un gran caldo de alas con causas
y lindes fritas.
Y hasta el hueso!

EL cancerbero cuatro veces
al día maneja su candado, abriéndonos
cerrándonos los esternones, en guiños
que entendemos perfectamente.

Con los fundillos lelos melancólicos,
amuchachado de trascendental desaliño,
parado, es adorable el pobre viejo.
Chancea con los presos, hasta el tope
los puños en las ingles. Y hasta mojarrilla
les roe algún mendrugo; pero siempre
cumpliendo su deber.

Por entre los barrotes pone el punto
fiscal, inadvertido, izándose en la falangita
del meñique,
a la vista de lo que hablo,
lo que como
lo que sueño.
Quiere el corvino ya no hayan adentros,
y cómo nos duele esto que quiere el cancerbero.

Por un sistema de relojería, juega
el viejo inminente, pitagórico!
a lo ancho de las aortas. Y sólo
de tarde en noche, con noche
soslaya alguna su excepción de metal.
Pero, naturalmente,
siempre cumpliendo su deber.

MENTIRA. Si lo hacía de engaños,
y nada más. Ya está. De otro modo,
también tú vas a ver
cuánto va a dolerme el haber sido así.

Mentira. Calla.
Ya está bien.
Como otras veces tú me haces esto mismo,
por eso yo también he sido así.

A mí, que había tanto atisbado si de veras
llorabas,
ya que otras veces sólo te quedaste
en tus dulces pucheros,

a mí, que ni soñé que los creyeses,
me ganaron tus lágrimas.
Ya está.

Mas ya lo sabes: todo fue mentira.
Y si sigues llorando, bueno pues!
Otra vez ni he de verte cuando juegues.

Y nos levantaremos cuando se nos dé
 la gana, aunque mamá toda claror
 nos despierte con cantora
 y linda cólera materna.
 Nosotros reiremos a hurtadillas de esto,
 mordiento el canto de las tibias colchas
 de vicuña ¡y no me vayas a hacer cosas!

Los humos de los bohídos ¡ah golfillos
 en rama! madrugarían a jugar
 a las cometas azulinas, azulantes,
 y, apanuscando alfarjes y piedras, nos darían
 su estímulo fragante de boñiga,
 para sacarnos
 al aire nene que no conoce aún las letras,
 a pelearles los hilos.

Otro día querrás pastorear
 entre tus huecos onfaloideos
 ávidas cavernas,
 meses nonos,
 mis telones.

O querrás acompañar a la ancianía
 a destapar la toma de un crepúsculo,
 para que de día surja
 toda el agua que pasa de noche.

Y llegas muriéndote de risa,
 y en el almuerzo musical,
 cancha reventada, harina con manteca,
 con manteca,

le tomas el pelo al peón decúbito
 que hoy otra vez olvida dar los buenos días.
 esos sus días, buenos con b de baldío,
 que insisten en salirle al pobre
 por la culata de la v
 dentilabial que vela en él.

QUIEN clama las once no son doce!
 Como si las hubiesen pujado, se afrontan
 de dos en dos las once veces.

Cabezazo brutal. Asoman
 las coronas a oír,
 pero sin traspasar los eternos
 trescientos sesenta grados, asoman
 y exploran en balde, dónde ambas manos
 ocultan el otro puente que les nace
 entre veras y litúrgicas bromas.

Vuelve la frontera a probar
 las dos piedras que no alcanzan a ocupar
 una misma posada a un mismo tiempo.
 La frontera, la ambulante batuta, que sigue
 inmutable, igual, sólo
 más ella a cada esguince en alto.

Veis lo que es sin poder ser negado,
 veis lo que tenemos que aguantar,
 mal que nos pese.
 ¡Cuánto se aceita en codos
 que llegan hasta la boca!

FORAGIDO tormento, entra, sal
por un mismo forado cuadrangular.
Duda. El balance punza y punza
hasta las cachas.

A veces doyme contra todas las contras,
y por ratos soy el alto más negro de las ápices
en la fatalidad de la Armonía.
Entonces las ojeras se irritan divinamente,
y solloza la sierra del alma,
se violentan oxígenos de buena voluntad,
arde cuanto no arde y hasta
el dolor doble el pico en risa.

Pero un día no podrás entrar
ni salir, con el puñado de tierra
que te echaré a los ojos foragido!

SAMAIN diría el aire es quieto y de una contenida tristeza.

Vallejo dice hoy la Muerte está soldando cada lindero a cada hebra de cabello perdido, desde la cubeta de un frontal, donde hay algas, toronjiles que cantan divinos almácigos en guardia, y versos anti-sépticos sin dueño.

El miércoles, con uñas destronadas se abre las propias uñas de alcanfor, e instila por polvorientos harneros, ecos, páginas vueltas, zarros, zumbidos de moscas cuando hay muerto, y pena clara esponjosa y cierta esperanza.

Un enfermo lee La Prensa, como en fasistol.
Otro está tendido palpitante, longirrostro,
cerca a estarlo sepulto.
Y yo advierto un hombro está en su sitio
todavía y casi queda listo tras de éste, el otro lado.

Ya la tarde pasó diez y seis veces por el sub-
suelo empatrullado,
y se está casi ausente
en el número de madera amarilla
de la cama que está desocupada tanto tiempo
allá enfrente.

TODOS los días amanezco a ciegas
 a trabajar para vivir: y tomo el desayuno,
 sin probar ni gota de él, todas las mañanas.
 Sin saber si he logrado, o más **nunca**,
 algo que brinca del sabor
 o es sólo corazón y que ya vuelto, lamentará
 hasta dónde esto es lo menos.

El niño crecería ahito de felicidad
 oh albas,
 ante el pesar de los padres de no poder dejarnos
 de arrancar de sus sueños de amor a este mundo;
 ante ellos que, como Dios, de tanto amor
 se comprendieron hasta creadores
 y nos quisieron hasta hacernos daño.

Flecos de invisible trama,
 dientes que huronean desde la neutra emoción,
 pilares
 libres de base y coronación,
 en la gran boca que ha perdido el habla.

Fósforo y fósforo en la oscuridad.
 lágrima y lágrima en la polvareda.

CRATERIZADOS los puntos más altos, los puntos del amor de ser mayúsculo, bebo, ayuno, absorbo heroína para la pena, para el latido lació y contra toda corrección.

¿Puedo decir que nos han traicionado? No.
 ¿Que todos fueron buenos? Tampoco. Pero allí está una buena voluntad, sin duda, y sobre todo, el ser así.

Y qué quien se ame mucho! Yo me busco en mi propio designio que debió ser obra mía, en vano: nada alcanzó a ser libre.

Y sin embargo, quién me empuja.
 A que no me atrevo a cerrar la quinta ventana.
 Y el papel de amarse y persistir, junto a las horas y a lo indebido.

Y el éste y el aquél.

En la celda, en lo sólido, también
se acurrucan los rincones.

Arreglo los desnudos que se ajan,
se doblan, se harapan.

Apéome del caballo jadeante, bufando
líneas de bofetadas y de horizontes;
espumoso pie contra tres cascos.
Y le ayudó: Anda, animal!

Se tomaría menos, siempre menos, de lo
que me tocara erogar,
en la celda, en lo líquido.

El compañero de prisión comía el trigo
de las lomas, con mi propia cuchara,
cuando, a la mesa de mis padres, niño,
me quedaba dormido masticando.

Le soplo al otro:
Vuelve, sal por la otra esquina:
apura... aprisa... apronta!

E inadvertido aduzco, planeo,
cabé camastro desvencijado, piadoso:
No creas. Aquel médico era un hombre sano.

Ya no reiré cuando mi madre rece
en infancia y en domingo, a las cuatro
de la madrugada, por los caminantes,
encarcelados,
enfermos
y pobres.

En el redil de niños, ya no le asestaré
puñetazos a ninguno de ellos, quien, después,
todavía sangrando lloraría: El otro sábado
te daré mi fiambre, pero
no me pegues!
Ya no le diré que bueno.

En la celda, en el gas iluminado
hasta redondearse en la condensación,
¿quién tropieza por afuera?

LA esfera terrestre del amor
 que rezagóse abajo, da vuelta
 y vuelta sin parar segundo,
 y nosotros estamos condenados a sufrir
 como un centro su girar.

Pacífico inmóvil, vidrio, preñado
 de todos los posibles.
 Andes frío, inhumanable, puro.
 Acaso. Acaso.

Gira la esfera en el pedernal del tiempo,
 y se afila,
 y se afila hasta querer perderse;
 gira forjando, ante los desertados flancos,
 aquel punto tan espantablemente conocido,
 porque él ha gestado, vuelta
 y vuelta,
 el corralito consabido.

Centrifuga que sí, que sí,
 que Sí,
 que sí, que sí, que sí, que sí: NO!

Y me retiro hasta azular, y retrayéndome
 endurezco, hasta apretarme el alma!

ES de madera mi paciencia,
sorda vegetal.

Día que has sido puro, niño, inútil,
que naciste desnudo, las leguas
de tu marcha, van corriendo sobre
tus doce extremidades, ese doblez ceñudo
que después deshiláchase
en no se sabe qué últimos pañales.

Constelado de hemisferios de grumo,
bajo eternas américas inéditas, tu gran plumaje
te partes y me dejas, sin tu emoción ambigua
sin tu nudo de sueños, domingo.

Y se apolilla mi paciencia,
y me vuelvo a exclamar: ¡Cuándo vendrá
el domingo bocón y mudo del sepulcro;
cuándo vendrá a cargar este sábado
de harapos, esta horrible sutura
del placer que nos engendra sin querer,
y el placer que nos DestieRRa.

ESTA noche desciendo del caballo,
ante la puerta de la casa, donde
me despedí con el cantar del gallo.
Esta cerrada y nadie responde.

El poyo en que mamá alumbró
al hermano mayor, para que ensille
lomos que había yo montado en pelo,
por rúas y por cercas, niño aldeano;
el poyo en que dejé que se amarille al sol
mi adolorida infancia.... ¿Y este duelo
que enmarca la portada?

Dios en la paz foránea,
estornuda, cual llamando también, el bruto;
husmea, golpeando el empedrado. Luego duda
relincha,
orejea a viva oreja.

Ha de velar papá rezando, y quizás
pensará se me hizo tarde.
Las hermanas, canturreando sus ilusiones
sencillas, bullosas,
en la labor para la fiesta que se acerca,
y ya no falta casi nada.
Espero, espero, el corazón
un huevo en su momento, que se obstruye.

Numerosa familia que dejamos
no ha mucho, hoy nadie en vela, y ni una cera
puso en el ara para que volviéramos.

Llamo de nuevo, y nada.
Callamos y nos ponemos a sollozar, y el animal
relincha, relincha más todavía.

Todos están durmiendo para siempre,
y tan de lo más bien, que por fin
mi caballo acaba fatigado por cabecear
a su vez, y entre sueño, a cada venia, dice
que está bien, que todo está muy bien.

ALFOMBRA

Cuando vayas al cuarto que tú sabes,
entra en él, pero entorna con tiento la mampara
que tanto se entreabre,
casa bien los cerrojos, para que ya no puedan
volverse otras espaldas.

Corteza

Y cuando salgas, di que no tardarás
a llamar al canal que nos separa:
fuertemente cogido de un canto de tu suerte,
te soy inseparable,
y me arrastras al borde de tu alma.

Almohada

Y sólo cuando hayamos muerto ¡quién sabe!

Oh no. Quién sabe!

entonces nos habremos separado.

Mas, si, al cambiar el paso, me tocase a mí
la desconocida bandera, te he esperar allá,
en la confluencia del soplo y el hueso,
como antaño,
como antaño en la esquina de los novios
ponientes de la tierra.

Y desde allí te seguiré a lo largo
de otros mundos, y siquiera podrán
servirte mis nós musgosos y arrecidos,
para que en ellos poses las rodillas
en las siete caídas de esa cuesta infinita,
y así te duelan menos.

A MANECE lloviendo. Bien peinada
la mañana chorrea el pelo fino.
Melancolía está amarrada;
y en mal asfaltado oxidante de muebles hindúes,
vira, se asienta apenas el destino.

Cielos de puna descorazonada
por gran amor, los cielos de platino, torvos
de imposible.

Rumia la majada y se subraya
de un relincho andino.

Me acuerdo de mí mismo. Pero bastan
las astas del viento, los timones quietos hasta
hacerse uno,
y el grillo del tedio y el jiboso codo inquebrantable.

Basta la mañana de libres crinejas
de brea preciosa, serrana,
cuando salgo y busco las once
y no son más que las doce deshoras.

HITOS vagarosos enamoran, desde el minuto mon-
 (tuoso
 que obstetriza y fecha los amotinados nichos de la
 atmósfera.

Verde está el corazón de tanto esperar; y en el canal
 de Panamá ¡hablo con vosotras, mitades, bases, cúspides!
 retoñan los peldaños, pasos que suben, pasos que
 bajan.

Y yo que pervivo,
 y yo que sé plantarme.

Oh valle sin altura madre, donde todo duerme
 horrible mediatinta, sin ríos frescos, sin entradas de
 amor.

Oh voces y ciudades que pasan cabalgando en un dedo
 tendido que señala a calva Unidad. Mientras pasan de
 mucho en mucho, gañanes de gran costado sabio,
 detrás

de las tres tardas dimensiones.

Hoy

Mañana

Ayer

(No, hombre!)

MADRE, me voy mañana a Santiago,
a mojarme en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajines.

Me esperará tu arco de asombro,
las tonsuradas columnas de tus ansias
que se acaban la vida. Me esperará el patio,
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos
de fiesta. Me esperará mi sillón ayo,
aquel buen quijarudo trasto de dinástico
cuero, que pára no más rezongando a las nalgas
tataranietas, de correa a correhuela.

Estoy cribando mis cariños más puros.
Estoy ejeando, ¿no oyes jadear la sonda?
¿no oyes tascar dianas?
estoy plasmando tu fórmula de amor
para todos los huecos de este suelo.

Oh si se dispusieran los táctitos volantes
para todas las cintas más distantes,
para todas las citas más distintas.

Así, muerta inmortal. Así.
Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde
hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre
para ir por allí,
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
hasta ser el primer pequeño que tuviste.

Así, muerta inmortal.
Entre la columnata de tus huesos
que no puede caer ni a lloros,
y a cuyo lado ni el Destino pudo entrometer
ni un solo dedo suyo.

Así muerta inmortal.
Así.

DOBLA el dos de Noviembre.
 Estas sillas son buenas acogidas.
 La rama del presentimiento
 va, viene, sube, ondea sudorosa,
 fatigada en esta sala.
 Dobla triste el dos de Noviembre.

Difuntos, qué bajo cortan vuestros dientes
 abolidos, repasando ciegos nervios,
 sin recordar la dura fibra
 que cantores obreros redondos remiendan
 con cáñamo inacabable, de innumerables nudos
 latientes de encrucijada.

Vosotros, difuntos, de las nítidas rodillas
 puras a fuerza de entregaros,
 cómo aserráis el otro corazón
 con vuestras blancas coronas, ralas
 de cordialidad. Si. Vosotros, difuntos.

Dobla triste el dos de Noviembre.
 Y la rama del presentimiento
 se la muerde un carro que simplemente
 rueda por la calle.

CANTA cerca el verano, y ambos
diversos erramos, al hombro
recodos, cedros, compases unipedos,
espatarrados en la sola recta inevitable.

Canta el verano y en aquellas paredes
endulzadas de marzo,
lloriquea, gusanea la arácnida acuarela
de la melancolía.

Cuadro enmarcado de trisado anélido, cuadro
que faltó en ese sitio para donde
pensamos que vendría el gran espejo ausente.
Amor, éste es el cuadro que faltó.

Mas, para qué me esforzaria
por dorar pajilla para tal encantada aurícula,
si, a espaldas de astros queridos,
se consiente el vacío, a pesar de todo.

Cuánta madre quedábase adentrada
siempre en tenaz atavío de carbón, cuando
el cuadro faltaba, y para lo que crecería
al pie de ardua quebrada de mujer.

Así yo me decía: Si vendrá aquel espejo
que de tan esperado, ya pasa de cristal.
Me acababa la vida ¿para qué?
Me acababa la vida, para alzarnos

sólo de espejo a espejo.

ESTAMOS a catorce de Julio.
 Son las cinco de la tarde. Lluve en toda
 una tercera esquina de papel secante.
 Y llueve más de abajo ay para arriba.

Dos lagunas las manos avanzan
 de diez en fondo,
 desde un martes cenagoso que ha seis días
 está en los lagrimales helado.

Se ha degollado una semana
 con las más agudas caídas; hase hecho
 todo lo que puede hacer miserable genial
 en gran taberna sin rieles. Ahora estamos
 bien, con esta lluvia que nos lava
 y nos alegre y nos hace gracia suave.
 Hemos a peso bruto caminado, y, de un solo
 desafío,

blanqueó nuestra pureza de animales.
 Y preguntamos por el eterno amor,
 por el encuentro absoluto,
 por cuanto pasa de aquí para allá.

Y respondimos desde dónde los míos no son los
 (tuyos)

desde qué hora el bordón, al ser portado,
 sustenta y no es sustentado. (Neto).
 Y era negro, colgado en un rincón.
 sin proferir ni jota, mi paletó,

a
 t
 o
 d
 a
 s
 t
 A

QUE nos buscas, oh mar con tus volúmenes
docentes. Qué inconsolable, qué atroz
estás en la febril solana.

Con tus azadones saltas,
con tus hojas saltas,
hachando, hachando en loco sésamo,
mientras tornan llorando las olas, después
de descalzar los cuatro vientos
y todos los recuerdos, en labiados plateles
de tungsteno, contractos de colmillos
y estáticas eles quelonias.

Filosofía de alas negras que vibran
al medroso temblor de los hombros del día.

El mar, y una edición en pie,
en su única hoja el **anverso**
de cara al reverso.

TODOS sonrien al desgaire con que voyme a fondo, celular de comer bien y bien beber.

Los soles andan sin yantar? O hay quien les da granos como a pajarillos? Francamente, yo no sé de esto casi nada.

Oh piedra, almohada bienfaciente al fin. Amémomos los vivos a los vivos, que a las buenas cosas muertas será después. Cuánto tenemos que quererlas y estrecharlas, cuánto. Amemos las actualidades, que siempre no estaremos como estamos. Que interinos Barrancos no hay en los esenciales cementerios.

El porteo va en el alfar, a pico. La jornada nos da en el cogollo, con su docena de escaleras, escaladas, en horizontizante frustración de pies, por pávidas sandalias vacantes.

Y temblamos avanzar el paso, que no sabemos si damos con el péndulo, o ya lo hemos cruzado.

SERPEA el sol en tu mano fresca,
y se derrama cauteloso en tu curiosidad.

Cállate. Nadie sabe que estás en mí,
toda entera. Cállate. No respires. Nadie
sabe mi merienda succulenta de unidad:
legión de oscuridades, Amazonas de lloro.

Vanse los carros flagelados por la tarde,
y entre ellos los míos, cara atrás, a las riendas
fatales de tus dedos.

Tus manos y mis manos recíprocas se tienden
polos en guardia, practicando depresiones,
y sienes y costados.

Calla también, crepúsculo futuro,
y recójete a reír en lo íntimo, de este celo
de gallos ajisecos soberbiamente,
soberbiamente ennavajados
de cúpulas, de viudas mitades cerúleas.
Regocíjate, huérfano; bebe tu copa de agua
desde la pulpería de una esquina cualquiera.

LENTO salón en cono, te cerraron, te cerré,
aunque te quise, tú lo sabes,
y hoy de qué manos penderán tus llaves.

Desde estos muros derribamos los últimos
escasos pabellones que cantaban.
Los verdes han crecido. Veo labriegos trabajando,
los cerros llenos de triunfo.
Y el mes y medio transcurrido alcanza
para una mortaja, hasta demás.

Salón de cuatro entradas, y sin una salida,
hoy que haz honda murria, te hablo
por tus seis dialectos enteros.
Ya ni he de violentarte a que me seas,
de para nunca; ya no saltaremos
ningún otro portillo querido.

Julio estaba entonces de nueve. Amor
contó en sonido impar. Y la dulzura
dio para toda la mortaja, hasta demás.

HA triunfado otro ay. La verdad está allí.
Y quien tal actúa ¿no va a saber
amaestrar excelentes dicitados
para el ratón. ¿Sí... No...?

Ha triunfado otro ay y contra nadie.
Oh exósmosis de agua químicamente pura.
Ah míos australes. Oh nuestros divinos.

Tengo pues derecho
a estar verde y contento y peligroso, y a ser
el cincel, miedo del bloque basto y vasto;
a meter la pata y a la risa.

Absurdo, sólo tú eres puro.
Absurdo, este exceso sólo ante ti se
suda dorado placer.

HUBO un día tan rico el año pasado...!
que ya ni sé qué hacer con él.

Severas madres guían al colegio,
asedian las reflexiones, y nosotros enflechamos
la cara apenas. Para ya tarde saber
que en aquello gozna la travesura
y se rompe la sien.
Qué día el del año pasado,
que ya ni sé qué hacer con él,
rota la sien y todo.

Por esto nos separarán,
por eso y para ya no hagamos mal.
Y las reflexiones técnicas aún dicen
¿no las vas a oír?
que dentro de dos gráficas oscuras y aparte,
por haber sido niños y también
por habernos juntado mucho en la vida,
reclusos para siempre nos irán a encerrar.
Para que te compongas.

E STAIS muertos.

Qué extraña manera de estarse muertos. Quienquiera diría no lo estáis. Pero, en verdad, estáis muertos.

Flotáis nadamente detrás de aquesa membrana que, péndula del zenit al nadir, viene y va de crepúsculo a crepúsculo, vibrando ante la sonora caja de una herida que a vosotros no os duele. Os digo, pues, que la vida está en el espejo, y que vosotros sois el original, la muerte.

Mientras la onda va, mientras la onda viene, cuán impunemente se está uno muerto. Sólo cuando las aguas se quebrantan en los bordes enfrentados y se doblan y doblan, entonces os transfiguráis y creyendo morir, percibís la sexta cuerda que ya no es vuestra.

Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás. Quienquiera diría que, no siendo ahora, en otro tiempo fuisteis. Pero en verdad, vosotros sois los cadáveres de una vida que nunca fue. Triste destino el no haber sido sino muertos siempre. El ser hoja seca sin haber sido verde jamás. Orfandad de orfandades.

Y sin embargo, los muertos no son, no pueden ser cadáveres de una vida que todavía no han vivido. Ellos murieron siempre de vida.

Estáis muertos.

DE la noche a la mañana voy
sacando lengua a las más mudas equis.

En nombre de esa pura
que sabía mirar hasta ser 2.

En nombre de que la fui extraño,
llave y chapa muy diferentes.

En nombre della que no tuvo voz
ni voto, cuando se dispuso
esta su suerte de hacer.

Ebullición de cuerpos, sin embargo
aptos; ebullición que siempre
tan sólo estuvo a 99 burbujas.

¡Remates, esposados en naturaleza,
de dos días que no se juntan,
que no se alcanzan jamás!

GRANIZA tanto, como para que yo recuerde
y acreciente las perlas
que he recojido del hocico mismo
de cada tempestad.

No se vaya a secar esta lluvia.
A menos que me fuese dado
caer ahora para ella, o que me enterrasen
mojado en el agua
que surtiera de todos los fuegos.

¿Hasta dónde me alcanzará esta lluvia?
Temo me quede con algún flanco seco;
temo que ella se vaya, sin haberme probado
en las sequías de increíbles cuerdas vocales,
por las que
para dar armonía,
hay siempre que subir ¡nunca bajar!
¿No subimos acaso para abajo?

Canta, lluvia, en la costa aún sin mar.

F I N

INDICES

Los Heraldos Negros

I N D I C E

	Pág.
Juicios sobre la Obra	5
Los Heraldos Negros	11

PLAFONES AGILES

Deshojación Sagrada	12
Comunión	13
Nervazón de Angustia	14
Bordas de Hielo	15
Nochebuena	16
Ascuas	17
Media Luz	18
Sauce	19
Ausente	20
Avestruz	21
Bajo los Alamos	22

BUZOS

La Araña	23
Babel	24
Romería	25
El Palco Estrecho	26

DE LA TIERRA

Pág.

¿.....	27
El Poeta a su Amada	28
Verano	29
Setiembre	30
Heces	31
Impia	32
La Copa Negra	33
Deshora	34
Fresco	35
Yeso	37

NOSTALGIAS IMPERIALES

Hojas de Ebano	39
Terceto Autóctono	43
Oración del Camino	45
Huaco	46
Mayo	47
Aldeana	49
Idilio Muerto	50

TRUENOS

En las Tiendas Griegas	51
Agape	52
La Voz del Espejo	53
Rosa Blanca	54
La De A Mil	55
El Pan Nuestro	56
Absoluta	57
Capitulación	58
Desnudo en Barro	59
Líneas	60
Amor Prohibido	61
La Cena Miserable	62

	Pág.
¿ara El Alma Imposible de mi Amada	63
El Tálamo Eterno	64
Las Piedras	65
Retablo	66
Pagana	67
Los Dados Eternos	68
Los Anillos Fatigados	69
Santoral	70
Lluvia	71
Amor	72
Dios	73
Unidad	74
Los Arrieros	75

CANCIONES DE HOGAR

Encaje de Fiebre	76
Los Pasos Lejanos	77
A Mi Hermano Miguel	78
Engreída	79
Espergesia	81



FE DE ERRATAS

Pág. 62 (La Cena Miserable) tercer sexteto, 3er. lingote; dice: Hasta cuándo este valle da lágrimas; debe decir: valle de lágrimas.

TRILCE

I N D I C E

	Pág.
Palabras Prologales de Antenor Orrego	87
Noticia de TRILCE, por José Bergamin	100
Valle Vallejo, de Gerardo Diego	107
I	111
II	112
III	113
IV	114
V	115
VI	116
VII	117
VIII	118
IX	119
X	120
XI	121
XII	122
XIII	123
XIV	124
XV	125
XVI	126
XVII	127
XVIII	128
XIX	129
XX	130

XXI	131
XXII	132
XXIII	133
XXIV	135
XXV	136
XXVI	137
XXVII	139
XXVIII	140
XXIX	141
XXX	142
XXXI	143
XXXII	144
XXXIII	145
XXXIV	146
XXXV	147
XXXVI	149
XXXVII	151
XXXVIII	152
XXXIX	153
XL	154
XLI	155
XLII	156
XLIII	157
XLIV	158
XLV	159
XLVI	160
XLVII	161
XLVIII	162
XLIX	163
L	164
LI	165
LII	166
LIII	167
LIV	168
LV	169
LVI	170
LVII	171

LVIII	172
LIX	174
LX	175
LXI	176
LXII	177
LXIII	178
LXIV	179
LXV	180
LXVI	181
LXVII	182
LXVIII	183
LXIX	184
LXX	185
LXXI	186
LXXII	187
LXXIII	188
LXXIV	189
LXXV	190
LXXVI	191
LXXVII	192

JUAN MEJIA BACA
Biblioteca

7 ABR. 1963

La presente obra, fue editada en los
talleres de la Editorial TRILCE
Lima — Perú.

Precio: S. 15.00